

AINA CASTILLO

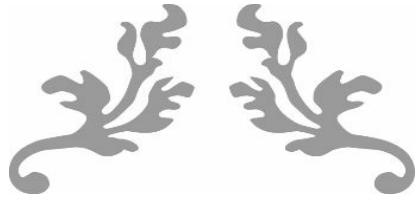


ERES SOLO UNA

ESCLAVA

REINA

ROMANCE OSCURO SOMETIDA
POR EL ALFA



ERES SÓLO UNA ESCLAVA, REINA

Romance Oscuro Sometida por el Alfa



Por **Aina Castillo**

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

*Mi regalo **GRATIS** por tu interés;*

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [**Haz click aquí**](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

—Ya vienen. Ya vienen.

—No podemos tenerla aquí. La matarán.

—Tenemos que hacer algo urgente. No podemos quedarnos aquí.

El ruido de los pasos que avanzaban, sonaban como la marcha de la muerte. De fondo, los gritos de desesperación que se ahogaban en las detonaciones de las armas.

En la oscuridad, la discusión era llevada en susurros. A pesar del miedo que sentían, ese hermoso bebé dormía plácidamente en los brazos de su madre. La mujer la envolvió aún más porque, a pesar del terror, la noche estaba más fría que nunca.

La contempló por un rato. La expresión de serenidad y de completo amor le hizo pensar que por un momento nada malo podría suceder. Pero no era así, el sonido del peligro se hacía cada vez más intenso y sabía que no había escapatoria.

—Vete.

—¿Pero de qué hablas?

—Vete, vete con la niña. Váyanse.

—No te puedo dejar aquí.

—Vete, te he dicho.

Él le tomó el rostro y una lágrima recorrió la mejilla. Ella supo que el final era inminente por más que lo negara en su alma.

—Vete... Hazlo ya.

La voz fue mucho más suave pero igual se sintió como una sentencia cruel. El dolor estaba en el aire pero eso era lo que se podía hacer. No había otra solución.

Entonces, la mujer divisó una puerta en el medio de la oscuridad y antes de irse, giró para ver por última vez al hombre que siempre había amado.

Se encontró en la calle, en ese lugar que había sido su hogar por tanto tiempo y que ahora era sólo un escenario de destrucción y dolor. Los gritos aumentaban, por lo que tomó a su bebé entre los brazos para protegerla de todo lo que había alrededor. Se convertiría en su escudo sin importar nada más.

Sorteó lugares con cuerpos y sangre, reconoció los rostros de vecinos y de las mascotas que también se habían convertido en parte de su familia. Casas destruidas y ese ambiente de desolación. Ese era el futuro que le esperaba a su hija.

Corrió con todas las fuerzas de su cuerpo, al mismo tiempo que sus brazos actuaban como la barrera de protección contra todo lo demás.

Poco a poco, la mujer dejó atrás aquello que tanto amaba. Recorrió caminos que no había conocido jamás, con la sensación de que la pesadilla aún no había terminado... Y tenía razón.

Justo cuando pensó que por fin estaba lejos de todo, fue interceptada por un grupo de hombres altos y muy amenazantes. Se quedó muda y comprendió que su destino ya no era el de estar con ella, pero al menos haría el intento de salvarla.

—Por favor, mírenla. Es sólo una bebé. No tiene culpa de nada.

Tenía los ojos cargados de lágrimas y la voz quebrada por la desesperación. Si alguien tenía que vivir, sin duda, era la pequeña.

—Hagan conmigo lo que quieran, no me importa. Pero por Dios, se lo ruego, no le hagan daño. Es un ser puro e inocente. Se lo ruego, por lo que usted más quiera.

Tuvo la sensación de que todo estaba perdido hasta que un hombre emergió entre el grupo. Ella no lo pudo detallar porque todo estaba oscuro y la angustia era demasiado grande.

Entonces, él estiró los brazos para recibirla. La madre, le sonrió agradecida y antes de despedirse de ella, le dio un beso en la frente.

—Estés en donde estés, siempre estaremos contigo.

La dejó sobre los brazos del desconocido con la esperanza de que ella tuviera un futuro. Luego, se quedó allí de pie, mirando cómo su hija se separaba de ella, mientras aún dormida en la tranquilidad.

Ese ligero cambio fue suficiente como para que la bebé pudiera despertar. Abrió esos grandes ojos azules y miró fijamente a esa persona que la sostenía. No lloró, no se puso inquieta, más bien estaba tranquila y curiosa.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.



II

El hombre subió a un coche de color negro mate mientras aún cargaba a la niña en brazos. Se quedaba mirándola, como ensimismado y se dio cuenta que quería cuidarla como si fuera el más preciado de los tesoros. No estaba seguro de lo que había pasado pero sintió que la amaba más que nunca.

Lo cierto es que todo el caos que habían dejado atrás fue producto de un cambio que movió los cimientos de una sociedad fracturada. El mundo quedó ahogado en la oscuridad y en la incertidumbre, no había una alternativa y sólo quedó la necesidad de hacer una lucha de clases encarnecida y violenta.

Era una especie de guerra civil, la cual sirvió para dividir aún más a la gente. Los pobres contra los poderosos y, en el medio, la gente que apenas pudo salvarse al escoger de bando. Por supuesto, esto también representó que el futuro cambiaría por completo y para siempre.

Eso, sin embargo, era sólo la punta del iceberg. El conflicto social se vio bordeado por el político y económico. La llamada burbuja explotó y acarreó un conflicto sin precedentes. No hubo oportunidad de recuperar nada, sólo mirar el caos desde lejos.

La crisis de los hidrocarburos también hizo mella, sin dejar de lado los conflictos sobre migrantes y refugiados. Poco a poco, las naciones comenzaron a aliarse entre sí, con la finalidad de erigir muros para protegerse. La multiculturalidad se convertía en una especie de sombra del pasado.

Gracias a ello, se hicieron movimientos civiles para purgar a esas clases “incompetentes”. Ejércitos financiados por hombres de poder, se encargaron de eliminar a todo aquello que representara una potencial amenaza. La intención era clara, se trataba de acaparar todo el control posible a través del miedo. Los resultados se veían claramente.

De esta manera, la sociedad mundial se organizó en ciudades estados y con una división social muy marcada: en el tope, los Alfas, individuos con todo el poder posible y únicos capaces de disfrutarlos privilegios de ello. Los Beta tendrían una postura menor pero hasta cierto grado influyente.

Surgieron por medio de alianzas como método para salvarse el pellejo. Al final, tendría la ventaja de poder participar en ciertas decisiones relevantes, pero aun preservando una posición inferior. En el fondo de la pirámide, estaban los Omegas, considerados como la clase más detestable que podría existir.

Generalmente, estaba conformada por ladrones, prostitutas, drogadictos y todo aquel que no se le consideraba medianamente decente o siquiera importante. Eran de lo peor y tenían que lidiar con ese destino hasta el día de su muerte.

Así pues, luego de las purgas y de la caída de lo que se conocía en la humanidad, la sociedad volvió a resurgir de las cenizas pero de una manera radical. Ya nada sería como antes.

Por ejemplo, en estas grandes ciudades-estados también se amurallaron entre sí, con el fin de separar aún más las clases. Los Alfas optaron por quedarse en el mejor lugar, seguidamente los Betas, ubicados en los alrededores.

Los Omegas, por otro lado, fueron enviados a la periferia como si fueran desechos de la peor clase. Por ende, se resignaron a vivir en un ambiente hostil y difícil, sin la posibilidad de que pudieran mejorar sus condiciones de vida.

En vista de todo aquello, el hombre negro no quería que su hija viviera entre extraños y maleantes, la quería lejos de todo aquello que pudiera corromperla.

Por cuestiones de la vida, ni él ni su esposa podían concebir, así que la llegada de esa criatura cambió todo. Por completo.

—¿Te parece bien?

Los ojos de la mujer reflejaban una inmensa necesidad de amar. El sólo verla la convenció de que era lo mejor que podía hacer por ella misma. Así que la tomó en brazos y se quedó prendada de esos ojos grandes y azules. Tan brillantes, tan vivos.

—Sí... Que se quede con nosotros siempre, siempre.

Siguió mirándola ensimismada por su belleza y terminó por decir.

—Louise... Ese será tu nombre, Louise.

La bebé sonrió como si estuviera de acuerdo con el nombre. Y desde ese momento, Louise Walker se convertiría en una de las Alfas más importantes de ese lugar.

Sus padres adoptivos hicieron lo posible por ocultar su verdadera identidad. Entonces, modificaron documentos y se inventaron una historia para hacerles entender a los demás que ciertamente se trataba de su hija.

Sin embargo, estaba la constante pregunta que rondaba en el aire: “¿Cómo lograron concebir?”, esa misma que parecía ensombrecer su felicidad pero que era algo que lograban evadir de manera exitosa.

Así pues, Louise Walker creció poco a poco rodeada de los lujos y de la tranquilidad de una sociedad Alfa que la apreciaba cada vez más. Su carácter dulce y justo, su inteligencia y su fuerza resultaban admirables. Todo aquello vivía dentro de ella y resultaba ser conmovedor.

Aunque era indudablemente encantadora, su padre se encargó de señalarle que el mundo era un lugar peligroso, por lo que tenía que aprender a defenderse de aquellas personas que estaban dispuestas a hacerle daño.

—Aprenderás a pelear para que no dependas de nadie, salvo de ti misma.

—¿Por qué? ¿Acaso no tenemos personas que nos cuidan, papá?

El viejo Walker recordó el momento en que su madre rogó por su vida en medio del fuego y de la muerte. Esa imagen punzó las neuronas de una manera que pensó que perdía las fuerzas en las piernas. Entonces, tuvo que recordarse a sí mismo que estaba allí, frente a su hija, con el fin de hacerle entender que tenía que hacerle caso.

—Lo sé y tienes razón, pero no está mal que sepas cuidarte por ti misma. Entiéndelo.

Louise no lo comprendió pero sólo le quedó la opción de aceptar lo que su padre le había

dicho.

—Vale. Empecemos en cuanto antes.

A pesar de encontrarse en un futuro casi post-apocalíptico, eran comunes los ataques de grupos armados los cuales, además, podían ser sumamente peligrosos. Él se escudó en esa excusa y no en el sentimiento de culpa, todo con el fin de hacer que Louise se encaminara a eso que él deseaba para ella.

Los entrenamientos no se hicieron esperar. Para aquel momento, Louise era una pre adolescente pero lucía mayor por su expresión siempre seria y distante. Su padre le encargó la tarea a uno de los máximos generales de la guardia de los Alfas. Se trataba de un hombre peligroso y habilidoso.

—Lo primero que tienes que aprender es comprender tu cuerpo. Debes verlo como tu mejor arma contra tu oponente. Para llegar allí, también es vital que nutras tu mente. Con las dos cosas, te convertirás en una guerrera fuerte.

Esas palabras no tenían demasiado sentido para Louise, sobre todo porque no poseía la suficiente madurez para comprenderlo, a menos no de inmediato. Sin embargo, se sentía entusiasmada porque estaba haciendo algo que iba en contra de lo que se esperaba de una Alfa cualquiera. No tendría que cumplir con ese aspecto dulce y delicado, con esas maneras de chicas de sociedad. Adoraba experimentar esa sensación de poder cambiar las cosas.

Los entrenamientos y sesiones se volvieron cada vez más rudos e intensos. La piel morena y delicada de Louise, comenzó a ser el lienzo de moretones y raspaduras. Pero ahí estaba ella, insistiendo porque deseaba cumplir con el deseo de su padre.

Después de una serie de tropiezos, la evolución de Louise en el combate fue simplemente sorprendente. Se volvió aguda, rápida y letal. Atestaba golpes certeros y atacaba sin chistar. Seguía el flujo de su cuerpo y de su energía, componentes que usaba a su favor. No se inmutaba fácilmente y lograba salir de aprietos con ingenio. Sus maestros de armas, su mentor y padre, estaban orgullosos de ella.

No sólo se hizo fuerte físicamente, sino también mentalmente. Era una mujer brillante y creativa. Sabía de negocios y cómo sacar el máximo provecho. Aunque, a pesar de todo, casi siempre sentía que estaba en un lugar ajeno a ella. Era un sentimiento que la acompañaba siempre, a pesar de las sonrisas y de la complicidad de los demás. Simplemente algo no estaba bien.

Pero ignoró ese hecho por esfuerzo de sus padres. Mirarlos orgullosos de ella era más que suficiente para convencerla de que debía seguir a pesar del ruido que tenía en su interior.

Aunque pudiera tener todas las inseguridades del mundo, había algo que ejercía mayor presión sobre ella, el hecho de formar parte de un grupo exclusivo de Alfas que también competían por el máximo liderazgo.

Su familia era una de las más influyentes, por lo que estaban entre las opciones más atractivas para asumir el puesto más importante. La disputa estaba entre ellos y unas cuantas familias de importancia política y social.

El viejo Walker era uno de los favoritos por haber sido uno de los llamados “restauradores”, personas que ayudaron a consolidar el poder definitivo de los Alfas. Así que era de esperarse que se

tratará de alguien poderoso e influyente.

Internamente, la idea de ser el máximo Alfa le daba un poco de temor. Eso significaba que podría quedar más expuesto de lo que quisiera pero también le daría la estabilidad definitiva a Louise. Nadie cuestionaría su origen y todos asentarían sin chistar. Sólo por eso la situación era lo suficientemente atractiva.

Aunque no estaba demasiado a la expectativa, las conversaciones sobre su ascenso al poder eran cada vez más habituales. El consejo estaba de acuerdo en que era una de las figuras más importantes y que, por ende, resultaba ser el actor ideal para conciliar a una de las ciudades-estados más poderosas del mundo.

Al cabo de unos días, su nombre fue anunciado: Walker sería el nuevo jefe máximo de gobierno y todos debían mostrar su incondicional respeto.

Por dentro se encontraba temeroso pero también confiado. Su hija lucía cada vez más bella y decidida. Sería la persona ideal para sucederlo cuando le llegase el momento.

Si bien tenía que atender a una serie de problemas puntuales, el viejo Walker se encargó de preparar aún más a su hija, no sólo desde el entrenamiento físico, sino también mental. Así que la envió a estudiar a una de las universidades más prestigiosas y exclusivas.

Era la primera vez que ella dejaba su casa, por lo que en sí resultaba una aventura completamente nueva e inesperada. Ahora estaba en una liga muy diferente: sin guardias, ni vigilancia.

A pesar de su rostro inexpresivo y neutral, por dentro tenía miedo por todo lo que se le vino encima. No sólo tenía que lidiar con los estudios sino también con la necesidad de experimentar situaciones que en su vida se había imaginado.

Prefirió quedarse en una residencia estudiantil a pesar de las protestas de su madre. ¿La razón? Deseaba con todas sus fuerzas vivir la verdadera experiencia sin perderse en los detalles ni en formalidades.

Pero todo bien, dentro de todo, seguía moviéndose en el círculo Alfa y Beta, no correría demasiado peligro, a menos que sucumbiera a los placeres desconocidos de la carne.

Ese tema en particular había sido una especie de asunto aparte para ella, principalmente porque pasó gran parte de su vida siendo sobreprotegida por su padre. Cualquier hombre que se le ocurriese siquiera la remota idea de acercarse a ella, tendría que sufrir las graves consecuencias de ese acto de máximo atrevimiento.

Sin embargo, ella estaba allí, sola y dispuesta a romper todas esas absurdas reglas que le impusieron. Nadie estaría detrás de ella para decirle qué hacer y qué no, así que tuvo la sensación de que la aventura estaba a punto de comenzar.

Mientras clases de Economía, también dividía el tiempo en fiestas y reuniones. De esa forma, conoció a todo tipo de personas, tanto hombres como mujeres. Quedó inmersa en la cultura y en las expresiones artísticas, le encantó saber que de alguna manera había un mundo diverso. Aun así, sentía constantemente esa misma sensación de incomodidad, como que por más que lo intentara, jamás terminaría por pertenecer.

Trató de obviar ese sentimiento lo más que pudo. Se dedicó a explorar grupos hasta que se topó con una persona que le cambió el concepto de la atracción. Más de lo que tenía pensado.

Era un hombre alto, moreno, de cabello largo y lacio y con una actitud descarada. Tenía un andar seductor y la mirada peligrosa, gracias a esos pómulos pronunciados y esos ojos oscuros que eran todo un misterio.

Ella sintió que él le hablaba aunque fuera pronunciara palabra alguna. Era casi como si leyera sus pensamientos y sucumbiera ante la necesidad de saber más de él, de quedar embelesada por sus palabras y acciones.

Se habían encontrado en múltiples ocasiones pero sin la posibilidad de intercambiar más de algunas palabras. Finalmente, coincidieron en una de las tantas fiestas de la facultad. Aunque el salón estaba repleto de gente, los dos se miraron en la distancia, con esas ganas intensas de hablar y de terminar con esa tensión que se hacía cada vez más insoportable.

—Hola.

—Hola. Creo que he esperado demasiado tiempo para esto.

—Yo también.

Tenía la voz grave y aterciopelada. Por ello, Louise, sentía que la acariciaba sin haberle puesto un dedo encima. Después de ese primer encuentro, se sentaron en un par de sillas en una terraza. Mientras los demás hablaban y se embriagaban, ellos hablaban tan ensimismados en uno con el otro, que el resto del mundo desapareció por completo. Para Louise, esa sensación fue más que increíble.

Lo cierto es que, a pesar de tener un exterior fuerte y un tanto intimidante, internamente era una chica que deseaba fervientemente probar el placer y la lujuria. Quería sentir el calor de una persona, los besos, el deseo, el descontrol. Había pasado gran parte de su vida bajo la constante supervisión, que de a ratos sentía que no era capaz de expresarse libremente.

... Pero él era un asunto muy diferente, él le despertaba ese animal que tenía por dentro, ese mismo que parecía desesperado por salir. Lo ansiaba demasiado.

La noche terminó de una manera sorprendente. Antes de despedirse, él se acercó para darle un beso. Uno muy intenso.

El toque de esos labios contra los de ella le hizo perder el sentido del tiempo y el espacio. Las manos de él fueron a parar a su rostro y ese calor casi la hizo estallar. Conforme pasaba el tiempo, Louise sentía que su cuerpo le estaba enviando un mensaje poderoso. Comenzó a experimentar un intenso pálpito entre sus piernas y una especie de humedad que comenzó a correr, al punto de preocuparle que aquello se marcara en su pantalón.

Intentó separarse, pensar detenidamente que lo mejor que podía hacer era tomarse un momento para procesar todo aquello que acababa de suceder.

—Cuando quieras, retomaremos esto...

Después de un par de besos más, ella se echó sobre la cama con la cabeza hecha un revoltijo. No sabía qué hacer ni qué pensar. Todo era tan nuevo que temía cometer una tontería.

En ese momento, cerró los ojos y se imaginó todo lo que pudiera pasar con él. Volvió a concentrarse en las sensaciones, en los toqueteos y en el calor de su aliento que se mezcló con el de ella. Además, el aroma de ese hombre, esa forma de moverse tan sensual, esa mirada. Él tenía todo para convertirse en un coctel peligroso, explosivo.

Experimentó de nuevo ese calor en su cuerpo, la humedad y la necesidad de experimentar sus dedos paseándose sobre su cuerpo. Se sentía indefensa ante esas emociones. Los entrenamientos de su padre no la prepararon para una situación como esa, no la prepararon para enfrentar la atracción que sentía por él.

Quiso hacer algo más pero no tenía demasiado claro de qué se trataba. Entonces, dejó que su cuerpo hablara su propio lenguaje, por lo que separó sus piernas abriéndolas de par en par, y llevó sus manos hacia su coño que ya estaba hecho un volcán.

Enseguida sintió ese calor y humedad intensos que terminaron irradiar el resto de su cuerpo. Cerró los ojos y sintió que estaba en un mundo completamente diferente, uno en donde los placeres eran tan fuertes que se habían convertido en el lenguaje perfecto del momento.

De inmediato, su mente comenzó a recordar la esencia de ese hombre tan varonil, tan masculino. Ese andar, ese cabello, esa mirada que parecía quemar todo aquello que divisara. Era increíble, él sin duda lo era.

Dejó su boca entreabierta y comenzó a hacer gemidos suaves y luego intensos. Mordía los labios y trata de reprimirse a sí misma porque estaba en una situación especial. No podía ser demasiado expresiva porque podía irrumpir la paz de otras chicas que estaban allí.

Sin embargo, internamente le daba igual. Así pues, su mente y su cuerpo comenzaron una batalla interna cruel en donde había una clara disputa entre la razón y la emoción.

Siguió tocándose por mero instinto, de manera suave y también fuerte. Experimentó los diferentes tipos de caricias que no solamente se concentraron en su coño, también habían ido a parar a sus pechos y muslos.

Su piel parecía erizarse en cada momento que se rozaba así misma porque descubría poco a poco esa sexualidad que había permanecido tanto tiempo dormida. Era un mundo nuevo que ansiaba explorar.

Continuó hasta que sintió una especie de corriente eléctrica que le nació en la espalda y que siguió hasta recorrerle toda la espina. Ese fulgor no se detuvo hasta que se materializó en algo que ni ella misma pudo explicar con exactitud. Lo cierto, es que terminó agotada, cansada pero con un torrente de endorfinas que la hicieron sentir increíblemente feliz.

Dejó caer los brazos sobre la cama y se quedó un rato allí, mojada y aún con el recuerdo intenso del placer que acababa de experimentar. Luego se acurrucó y se quedó pensando en las múltiples sensaciones que se había privado por miedo o control. Se prometió a sí misma que no volvería a ese punto y que se regalaría una serie de sensaciones increíbles. Sí, eso haría.

No pasó demasiado tiempo para que ambos pudieran volver a encontrarse. Para variar, el tío lucía más hermoso e imponente que nunca, como si supiera exactamente cómo seducirla y llevarla hacia un punto de no retorno.

Pero Louise también estaba preparada. No sólo había comenzado a internalizar su potencial sexual, sino que además estaba dispuesta a dejar que su naturaleza la llevara a lugares insospechados.

Entonces, se acercó a él y lo miró fijamente. El hombre supo de inmediato que algo había sucedido en ella, por lo que no hubo necesidad de decir palabra alguna. Todo estaba allí, dicho.

Ambos se encontraban en una de esas tantas fiestas que organizaba la universidad. El ruido y las risas quedaron opacadas poco a poco, porque los dos quedaron inmersos en un nivel de concentración tal que lo demás quedó en un segundo plano.

Él se dio cuenta que ella no daría marcha atrás, por lo que extendió su mano y se la tomó con fuerza. Miró hacia otra dirección y comenzó a caminar hacia adelante para salir de ese lugar. La gente y el ruido, el ambiente y la fiesta sobraban de plano. Sólo era necesario ellos dos.

La noche estaba particularmente clara y despejada. Louise sentía que el corazón le iba a saltar del pecho pero sabía que algo así llegaría a experimentar. Sin embargo, él la seguía sujetando con fuerza, con seguridad, para hacerle saber que no estaba sola y que seguiría con ella en todo momento.

El calor de sus dedos se sintió tan bien porque fue como experimentar una especie de confort, de cuidado. Siguieron caminando hasta que se acercaron al coche de él. Un coche clásico de esos que ya no se veían por ser unas completas rarezas.

La abrió la puerta y antes de subirse, la tomó por la cintura con esa actitud de hombre que acababa de capturar su presa. Lo hizo con firmeza y la miró a los ojos.

—He querido hacer esto desde el momento en que te vi.

Seguidamente, le estampó un fuerte beso que casi le hizo sentir que sus piernas le fallarían en cualquier momento. Louise estaba en un estado mental y físico que era digno de otro mundo.

Cuando se separaron, ambos se miraron como si fueran cómplices de algo muy fuerte y muy intenso. Además, los nervios que experimentó Louise comenzaron a recorrer su cuerpo como una señal inequívoca de que lo que estaba a punto de enfrentarse.

Luego de acomodarse, los neumáticos comenzaron a andar sobre ese camino de asfalto y hojas secas. Ella no paraba de pensar y en preguntarse cómo serían las cosas, pero algo le dijo que tenía que relajarse, sobre todo porque anticiparse no tenía sentido en ese caso.

Él, mientras, manejaba con ese aire de suficiencia y de seguridad. Exudaba una sensualidad que aplastaba a todo a su paso. Luego de un rato, colocó una mano sobre el muslo de ella y la miró por completo. Louise se asustó porque había desviado sus ojos de la vía, pero así era él, peligroso, mortal.

Quiso decirle algo pero no pudo, ese contacto le hizo perder casi el sentido de la realidad así que quedó envuelta en una especie de vórtice placentero.

De repente, como si no hubiera pasado nada, él giró la cabeza y siguió con el camino. Era un alma rebelde y prohibida, era todo lo que estaba mal y aun así era algo que ella deseaba tener desesperadamente.

Siguieron su recorrido y poco a poco iban adentrándose a una zona residencial que no quedaba

muy lejos del campus. Según el aspecto del lugar, Louise dedujo que se trataba de alguien de dinero puesto que todo lucía increíblemente moderno y lujoso.

Aparcaron entonces frente un edificio de ladrillos de ese estilo vintage del que tanto hablan los decoradores. Se quedó impresionada por ese aire nostálgico que tenía. Pero claro, no tuvo demasiado tiempo para admirar lo que tenía en frente porque estaba concentrada en él.

Él le tomó la mano y la llevó hacia adentro. El lobby lucía brillante y sobrio, como si se tratase de una galería de un museo. Siguió guiándola hasta el interior de uno de los elevadores y en cuanto se cerraron las puertas, volvió a tomarla de la cintura e hizo que lo mirara fijamente a los ojos.

La mirada intensa, las cejas espesas, las pestañas largas, los labios que dibujaban una amplia sonrisa y ese cuerpo que la rodeaba de una manera que la hacía sentir más segura y también más excitada.

Llegaron finalmente a ese largo pasillo y se colocaron en frente de una puerta de madera. Él marcó un código con una tarjeta y ambos entraron. La oscuridad se interrumpió por esos rayos de luz que entraban de los surcos de las ventanas. El suelo de madera cobraba vida gracias a ello.

Louise no quiso distraerse más porque la ansiedad la estaba matando. No sabía qué esperar, así que se dedicó a respirar varias veces para tratar de relajarse lo más posible. Él detectó ese nerviosismo, así que se adelantó y le ofreció una copa de vino tinto.

—Creo que esto te gustará.

Chocaron ambas copas y ambos tomaron un sorbo de la bebida con lentitud, como si estuvieran midiendo el proceso con mucho cuidado. Por suerte, ese grado de alcohol fue suficiente como para que ella olvidara todo lo demás y fuera hacia él.

No fue planificado, al menos no de su parte, pero sí fue un impulso que lo tomó por sorpresa... Una muy agradable por cierto.

Su amante entonces la tomó entre sus brazos y esta vez no tuvo reparos en besarla como le correspondía. Estaba ansioso por tomarla y por hacerla suya. De hecho, la había pensado y había fantaseado con ella tantas veces que ya había perdido la cuenta. La ansiaba tanto que no podía imaginar que por fin había llegado ese momento después de todo.

Sus manos inquietas comenzaron a quitarle la ropa de a poco. Cada tanto, percibió algunos espasmos de su parte pero sabía que era producto de su propio nerviosismo. Pero no tuvo problemas con eso porque él era un hombre experimentando y con mucha paciencia, así que fue lento, suave para no asustarla ni ahuyentarla.

Ella, en cambio, comenzó a perder el miedo y dejó que la unión de su excitación y el alcohol actuaran en ella. Al mismo tiempo, comenzó a gemir pero muy sutilmente, su respiración comenzó a agitarse y los latidos de su corazón se volvieron más agresivos.

Incluso sintió cómo su sangre corría entre sus venas con una velocidad impresionante, como si su cuerpo se hubiera convertido en una especie de fuerza natural... Pero ciertamente así era.

Sin darse cuenta quedó completamente desnuda ante él. Sintió un poco de miedo puesto que era la primera vez que alguien la veía de esa manera. Se sentía indefensa pero también increíblemente

excitada. En ese momento su coño era una especie de torrente el cual emanaba chorros deliciosos y calientes.

Él estaba listo para ella, tanto que dudó por un momento por dónde podía comenzar. Quedó ensimismado por sus piernas estilizadas, por su cintura pequeña, por esa piel tan blanca como un lienzo, por esa boca delgada pero atrevida y claro, esas mejillas encendidas y marcadas por el rubor de la emoción del momento. Estaba excitado y también conmovido por esa ligera fragilidad que no ella no podía ocultar.

Se acercó para darle un beso y lo hizo con cuidado. Después, poco a poco se volvió más intenso. Sus lenguas comenzaron a jugar. Todo se volvió agresividad porque la misma desesperación de tenerse se hacía sentir en grado superlativo.

De repente, cuando ya no pudo más, la tomó entre sus brazos y la llevó a la habitación principal, la cual se encontraba en el piso superior. Subió las escaleras lentamente con la intención de no dañar a ese precioso tesoro que tenía. Al llegar, avanzó con el mismo cuidado hasta depositarla finalmente sobre la cama.

Se quedó maravillado al verla, se preguntó realmente si esa mujer era real. Tan dulce, tan delicada, sin duda contrarrestaba con esa imagen de chica dura que siempre tenía. Ahora la había encontrado en una situación completamente diferente y eso, además, le alimentaba el morbo increíblemente.

Se alejó lentamente de ella para comenzar a quitarse la ropa. Primero la camiseta, los zapatos y luego el vaquero. Poco a poco se iba despojando la imagen de chico malo que a ella le gustaba tanto.

Si bien ella se encontraba en una especie de trance debido a la excitación que tenía, eso no le quitó la oportunidad de verlo debidamente. Ese torso tallado, el cabello suelto que le caía sobre los hombros, esa espalda ancha, las piernas y, claro, el tamaño de su miembro.

Por un momento ella sintió que no podría con él pero luego se dio cuenta que él se acercó hacia ella para darle más besos. De nuevo, el mundo quedó atrás por completo. No había nada que temer.

Ella lo bordeó con sus brazos y para así fundirse en un abrazo. Se volvieron a besar y esta vez no hubo nada que los detuviera, no hubo permisos ni gestos de autocontrol. Ya no hacía falta algo de aquello.

La boca de él comenzó a descender poco a poco. Pasó por su cuello y por un momento se detuvo en esos pequeños pechos redondos y firmes. Los lamió y mordió los pezones hasta que continuó con su recorrido de placer.

Finalmente, descendió por su vientre para encontrarse de frente con la maravilla de ese coño virgen. Apoyó sus manos sobre sus muslos y luego echó una mirada hacia ella.

—¿Estás bien?

Louise estaba tan excitada que sólo alcanzó para afirmar levemente con la cabeza. En ese instante él supo que ella ya era suya.

Dedicó unos cuantos besos delicados entre sus piernas. Louise gemía cada vez con más fuerza y antes de siquiera sentir la lengua de él, se aferró todo lo que pudo en las sábanas para asegurarse que

estaba más viva que nunca. Luego, pocos segundos después, la boca de él atestó de tal manera que le dio un beso intenso justo en el clítoris.

El grito retumbó por toda la habitación. Y no fue uno solo, fueron varios, gracias a la intensidad que él imprimió en cada momento.

No hubo forma de explicar todo lo que estaba pasando. No hubo manera de encontrar los calificativos correctos para una situación como aquella. Esa lengua se movía de una manera que la hacía sentir más viva que nunca, ese ardor, ese calor que parecía emanar desde el centro de su cuerpo para irrigarse por el resto de sus extremidades, era magia pura, sin duda.

Mantuvo la boca abierta porque estaba consciente que no podía cerrarla más. Era imposible y más cuando se había hecho esclava de esa boca tan audaz y experimentada. Sólo le quedaba sentir cómo su coño se iba mojado cada vez más.

Luego de un rato, él se incorporó lentamente porque tampoco pudo soportar demasiado tiempo. El sabor de ella era exquisito pero también se encontraba ansioso por probarla por completo. Así que masajeó un poco su coño para mantener la excitación y también para mirar las reacciones que tenía. Ella se movía lentamente, sensualmente, como una diosa, como su diosa.

Finalmente, volvió a subirse sobre la cama lentamente para incorporarse con ella y también para mirarla fijamente. Tenía el rostro encendido y la frente perlada. Tan bella.

Louise instintivamente abrió las piernas y sintió enseguida el calor de su penen en la entrada de su coño. Estaba hecha fuego y ansiaba por consumirlo entre sus llamas. Él supo por su lenguaje corporal que no debía tardar demasiado, así que comenzó a moverse poco a poco para introducir la verga dentro de ella, mientras que al mismo tiempo no dejaba de besarla.

Louise sintió de a poco la presión y el ardor de ese sexo que se iba materializando. Él siguió empujando, lento y paciente, con el fin de no hacerle daño pero aquello también le resultaba sumamente excitante porque podía sentir la estrechez de ese coño que lo absorbía por completo.

Al cabo de un rato, él lo pudo meter todo, entero. Louise sintió que en cualquier momento iba a desfallecer pero de inmediato sintió los besos y las caricias de ese hombre que la hicieron volver a la vida.

Luego, comenzó a moverse hacia atrás para generar esa fricción gloriosa. Como era de esperarse, escuchó algunos quejidos de ella, por lo que se concentró en las expresiones y en los sonidos que hacía para estar atento ante todo lo que estaba pasando.

Lo cierto es que el dolor terminó de ceder por completo para dar paso a esa sensación tan agradable y placentera. El calor de sus carnes combinadas y juntas, la hicieron sentir como nunca. De nuevo, se encontró en esa especie de disyuntiva que la hacía preguntarse una y otra vez, si existía algo remotamente similar a eso. Estaba casi segura que no.

La perfecta unión de sus cuerpos continuó para materializarse en un movimiento sensual dado a la pelvis de él. Ese mismo que la hacía sentir que la verga de su amante iría cada vez más hacia dentro para volverla loca. Ansiaba tanto aquello.

La habitación oscura y algo fría, cambió de repente gracias a los jadeos y gemidos de ella, así como la respiración agitada de él.

Pero no todo se quedó allí, él también aprovechó para poseer otras partes de su cuerpo: su cuello, sus pechos, su torso, las piernas, todo aquello por medio de agarrones, mordidas y lamidas salvajes. Él ansiaba desesperadamente que ella fuera capaz de recordar cada cosa, que no pudiera vivir sin el placer que le daba.

Siguieron así hasta el Louise supo por entero que quería más. Como el experimentado que era, él la tomó por la cintura e hizo que ella cambiara de posición, esta vez, el juego se haría en cuatro.

Hubo unas dudas al respecto, pero él también tenía que confiar en los deseos de su acompañante, así que se cercioró que todo estaba bien y cuando se dio cuenta de que así era, se acomodó como correspondía y la miró en toda su humanidad.

Esas nalgas expuestas, esas piernas, ese coño que desde ese ángulo se veía tan húmedo, tan delicioso. No pudo evitar extender un par de dedos para introducirlos en esa parte tan exquisita y llena de placer.

Después de tocarla un rato y de hacerla casi rogar por él, se colocó detrás casi sintiéndose como un semental. La tomó entonces por la cintura con fuerza con el fin de sostenerse lo suficiente de ese cuerpo delicioso y perfecto.

Ella exhaló con lentitud, como haciendo el intento de relajarse lo más que pudiera porque estaba consciente de lo que estaba a punto de recibir. Sintió de nuevo la potencia de la verga de él dentro de ella. Sintió el calor y la presión de ese sexo que parecía mantenerla al borde de la desesperación. No paraba de gemir, de sentir, estaba hecha una sumisa por lo que estaba experimentando. Era lo más genial del mundo.

Él seguía embistiéndola una y otra vez, con fuerza y determinación. Louise, mientras sujetaba un poco de las sábanas entre sus manos, sentía que iba a explotar de placer en cualquier momento.

Siguieron así por un rato, hasta que él se detuvo para que ella lo sintiera todo por dentro. Estando así, sólo lo empujaba cada vez más para que pudiera llegar tan profundo como fuera posible.

En ese punto, ella no paraba de gemir. Era tan poderoso lo que estaba experimentando que pensó que no sería lo suficientemente fuerte como para aguantarlo. En ese momento, sintió las manos de él que la tomaban con más fuerza. Esos dedos largos y gruesos parecían afincarse cada vez más sobre su piel, marcándola, haciéndola sentir que le pertenecía más que nunca.

Cerró los ojos ante todo el placer que estaba experimentado y se dijo a sí misma que ya no aguantaría más, que ya no haría más resistencia y que se entregaría a lo que estaba sintiendo sin más. Entonces, sus piernas comenzaron a temblar, lo mismo que sus brazos.

Luego de eso, los espasmos se hicieron cada vez más intensos hasta que sintió que perdería la fuerza de su cuerpo en cualquier momento. En ese fragmento, en ese momento, él empujó su verga cada vez más hacia adentro y fue allí cuando exclamó un alarido tan potente que le sirvió a él de advertencia para hacerle saber que su orgasmo había tomado el control de la situación.

Su voz quedó entrecortada por lo que no pudo expresar plenamente sus sensaciones. Pero estaba bien, era perfecto porque no había necesidad de decir algo más.

Por último, se mordió la boca y después se dejó consumir por completo por aquella oscuridad que terminó de nublarle los ojos. Supo de sí misma hasta que se dejó caer sobre la cama. De ahí en

adelante, todo le pareció un sueño.

Su amante se corrió poco después sobre el torso de ella. Aprovechó la ausencia de la consciencia para levantarse, ir al baño y comenzar a lavarse un poco. Se miró en el espejo y luego la miró a ella, ensimismado y sumamente plácido por haber compartido el tiempo con ella.

Volvió a la cama y se acostó junto a ella. La miró dormir tranquila, observó la belleza de ese pecho que se inflaba y desinflaba con sutileza, como si fuera la cosa más hermosa del mundo. Aunque, para él, de cierta manera era así.

Ambos descansaron por un rato y luego volvieron a comerse. No querían perder el tiempo, así que aprovecharon cada instante y cada rincón de aquella habitación para hacerlo bien, fuerte, duro, despacio, suave, doloroso y sublime.

Las horas pasaron velozmente y luego de retomar la normalidad para volver a ella a regañadientes, Louise volvió a la cama de su habitación, echándose sobre ella y pensando en todo lo que había pasado. No lo podía creer.

Cerró los ojos como para que los recuerdos no se les escaparan, no quería. Se mordió de nuevo los labios y el hacerlo le hizo sentir que aún saboreaba la piel de él en su boca. Sonrió y se sintió más mujer... Más que nunca.

Ese fue el inicio de una relación idílica. No sólo los unía el hambre de conocimiento y la curiosidad del saber, sino también ese voraz apetito sexual que parecía no dar tregua. Follaban como un par de animales salvajes, casi que a toda hora y en todos los lugares posibles.

Louise estaba adquiriendo experiencia en cómo moverse y en cómo comer correctamente la verga de su amante. Por dentro, lo único que buscaba era darle el máximo placer posible porque, de alguna manera, así sentía verdadero placer.

Las cosas fueron aumentando de intensidad conforme el paso del tiempo. Ambos sentían esa necesidad de experimentar más cosas, ir más lejos y así probar un mundo de nuevas posibilidades. Estaban en la sintonía perfecta.

Él se dio cuenta que ella tenía una especie de tendencia sumisa, así que hizo lo posible para saber cómo podía aprovechar todo aquello a su favor... Y el de ella, claro.

Comenzó a experimentar el deseo de control y dominación que parecía crecer en su interior y a hacerse más fuerte que nunca. Se daba cuenta de ello cuando Louise se arrodillaba para él y así a proceder darle sexo oral. Miraba sus ojos grandes y azules, brillantes como las estrellas y con ese lenguaje propio de la lujuria y el deseo. Miraba la exquisita disposición de hacerle sentir el hombre más poderoso del mundo. Era casi como estar en la cima del cielo. No tenía precio.

Le tomaba del cabello o del cuello, restregaba su verga sobre su rostro y cuando estaba a punto de perderse a sí mismo, le daba bofetadas. Louise, por su parte, estaba viviendo en una fantasía que había construido por y para él. Era la sumisa perfecta, la pareja perfecta de un hombre que la hacía sentir increíblemente bien.

Su relación se dio a conocer en el resto del campus. La gente realmente estaba fascinada por esa pareja que parecía la más envidiable de todas. Ella, hija del nuevo cabeza de los Alfas, segura, inteligente y fuerte, y él, un hombre bohemio, brillante, con dinero y poder. Era la mezcla perfecta.

Pero claro, ella tenía esa sensación extraña en el estómago, ese algo que no podía describir bien por completo porque no se encontraba demasiado segura al respecto. Tenía esa ligera sensación de que las cosas terminarían en algún momento... Y no se equivocaba.

Aunque el sexo era explosivo e increíble, aunque ambos pudieran hablar de cualquier tema sin cansarse, la relación comenzó a desgastarse poco a poco. Louise se dio cuenta que a pesar de haberse sentido tan deslumbrada en un principio, era una persona capaz de sentirse aburrida relativamente rápido.

Así que se encargó de marcar distancia, de dejar las cosas al olvido y de no complicarse demasiado porque era una mujer joven en una etapa muy interesante de su vida.

Lo cierto es que esa relación le dejó algo muy importante: la confianza en sí misma y la necesidad de experimentar más sobre ese tema que había sido un tabú para ella.

Los años de universidad fueron, sin duda, los mejores. Aprendió tanto de sí misma fuera de sus padres, que había regresado a ese mundo prácticamente convertida en una persona diferente.

Ahora tenía cuestiones muy importantes en su haber. Disfrutaba el sexo y disfrutaba explorarse a sí misma para conocer sus más íntimos placeres. Disfrutaba el expresarse al máximo sobre la cama porque era un espacio en donde se sentía libre y lejos de las regulaciones de los Alfas... Esas mismas que le parecían increíblemente absurdas.

Al contar con la preparación necesaria y así ayudar a su padre, Louise fue introducida al mundo de los negocios y del poder de los Alfas. Fue la primera vez donde se dio cuenta de lo brutal y feroz que era todo. No importaba si pasaban sobre ti, lo verdaderamente relevante era hacer todo lo posible por demostrar dominio en cualquier momento.

Lo que la gente no se esperaba es que gracias a sus entrenamientos, amores y desencantos, Louise era una mujer prácticamente implacable. Seria, fría y con un don natural para comandar, ella fue la mano derecha de su padre durante el tiempo que permaneció desempeñándose como el jefe de los Alfas.

Durante el tiempo que estuvo con él, aprendió todo lo concerniente a liderazgo y a lo necesario para actuar en situaciones complicadas y extremadamente difíciles. Cada vez que estaba con ella, se daba cuenta de que estaba formando una líder nata y capaz, aunque por dentro sentía el miedo latente de que si llegara a faltar, no podría protegerla como quería.

Así que, mientras pudo, hizo lo posible por formular medidas que fueran lo suficientemente importantes como para cuidarla lo más posible. Entonces los años pasaron y la madurez emocional y mental de Louise fueron suficientes como para asignarle el cargo más importante en ese momento: sería la líder de los Alfas y lo sería por mérito propio. Sin embargo, habría que esperar la respuesta del consejo. La última palabra la tendrían ellos.

—¿Por qué yo? Hay muchas personas que son más capaces y preparadas.

—Nadie podrá hacerlo mejor que tú, hija. No me cabe la menor duda.

Ella hizo un largo suspiro y experimentó un cúmulo de sensaciones que no pudo describir en un primer momento. Estaba confundida porque de nuevo sintió que ese no era su lugar y, además, estaba el hecho de que tenía la sensación de que su padre no estaba bien de salud y que aquella insistencia

de lucir fuerte era sólo una imagen que debía mantener por las apariencias.

—Esto no me importa. Me importas tú. Lo sabes muy bien.

—Lo sé, pero también sé que debo proveerte de lo mejor que tengo para que no sufras daño alguno.

Louise no comprendió lo que quiso decir. Entonces, cuando estuvo a punto de preguntarle a qué se refería, justo en ese momento recibieron la notificación que ambos estaban esperando: Louise se convertiría en la próxima líder de los Alfas gracias a una votación unánime.

—El mandato de tu padre fue uno de los más brillantes que hemos tenido y sabemos que nos esperará una era de oro contigo.

Esas palabras se sintieron como un enorme peso sobre sus hombros, pero aun así estaba derecha y firme escuchando todo, con esa expresión neutral que siempre tenía.

Luego de unos días, se hizo una ceremonia de paso de poder. El viejo Walker estaba orgulloso de su hija quien parecía revestida de luz. Aunque parecía seria y tranquila, se dio cuenta que en su mirada había rastros de pavor, por lo que de vez en cuando la tomaba del brazo y la acariciaba para hacerle entender que no estaba sola. De alguna manera, él estaría apoyándola en todo momento.

Finalmente, Louise Walker se convirtió en la nueva líder de los Alfas con la mirada dura y desafiante con algunos rastros de miedo e inseguridad.

Lo que no sabía ella que en esa misma sala, alguien la veía con escepticismo. Alguien que estaba pensando que esa mujer era una usurpadora y que haría lo posible por demostrar que se trataba de un fiasco. Haría todo lo posible para hacerlo.



III

Aquellos ojos verdes brillaban en el medio del salón, inspeccionando y mirando cuidadosamente esa figura que estaba frente a él, frente a ese grupo de personas que se encontraban con aire festivo. Pero él no. Él estaba hecho fuego internamente porque no podía soportar la indignación que sentía. Le carcomía y no podía más con aquello.

Se mantuvo allí por un rato hasta que no lo soportó. Sin embargo, cuando hizo el gesto de hacerlo, sintió la presión de la mano de un hombre que tenía a su lado.

—No. Hay que quedarse hasta el final.

El hombre mayor le sostuvo el brazo hasta terminar la ceremonia. Él, en cambio, sentía una mezcla de ira y frustración. Ella no debería estar allí y menos siendo la persona que era.

—Debes felicitarla.

—¿Pero qué cojones, padre?

—Debes hacerlo. Somos una de las familias más importantes, la gente tiene que pensar que estamos de acuerdo aunque por dentro la situación sea completamente diferente.

La voz denotaba tranquilidad pero no suficiente como para calmar los bríos de ese hombre joven que ansiaba destruir ese castillo de naipes. Entonces respiró profundo y se acomodó el traje. Colocó su mejor cara y mantuvo la mejor disposición posible. Haría lo que fuera por guardar las apariencias, a pesar que eso representaba un conflicto en su interior.

Esperó a que la gente terminara de saludar y de mostrar respeto a la nueva líder. La gente estaba con rostros de felicidad y conformidad. Esa alegría que no compartía él, ese hombre alto, blanco, fuerte y pelirrojo, de ojos verdes grandes y brillantes. Era una especie de Goliath, de un tamaño imponente y con una voz tan poderosa que era capaz de retumbar todo lo que había alrededor.

Estaba allí, en una esquina, alejado del tumulto porque tampoco era muy amante de la gente, quizás por eso no fue electo o quizás por el hecho de la fama que tenía por tener un carácter de los mil demonios.

Finalmente, al llegar a la línea, se detuvo a admirar a la mujer que tenía en frente. Pequeña, de cuerpo frágil pero de mirada dura, sus ojos azules se habían posado en los de él para desafiarlo con la misma actitud que tenía él.

—Felicitaciones a la nueva reina.

—Gracias. Muy amable de su parte, señor.

Había cierto dejo de sarcasmo en la voz lo cual él tomó como una especie de desafío. Sin embargo, y aunque hubiera querido responder sólo por el mero hecho de no soportaba desperdiciar una oportunidad como esa, prefirió esgrimir una sonrisa amplia y sincera.

Se acercó a ella entonces y tomó su mano para besarla. Sus labios rozaron levemente la piel de ella. Por un instante, sintió como si ella se estremeciera pero después se quedó concentrado en el aroma que expedía su piel, uno suave, dulce.

Luego se incorporó de a poco para luego mirarla de nuevo y hacerle una reverencia. Se iría de allí para pensar mejor lo que podría hacer después.

Sus pasos pesados hicieron resonar el suelo y las paredes de piedra. En su mente, se preguntaba por qué los Alfas debían ser tan ritualistas pero lo cierto era que eso era lo de menos, lo importante era otra cosa.

Salió del lugar solo porque necesitaba pensar sobre lo que acababa de ver. El encontrarse con el exterior, sintió los rayos de sol sobre la piel, el calor del día le pareció agobiar un poco, quizás por el hecho de que no estaba de muy buen humor.

Optó por sentarse en un banco de cemento que estaba cerca y miró hacia el cielo, dejó de nuevo que el calor lo embargara y le hiciera sentir cómodo. Aquello era un fenómeno especial por tratarse de un día de invierno.

Luego comenzó a recordar la ira que nació desde la boca de su estómago, ese mismo producto de haberse enterado de que aquella mujer no tenía ese pasado glorioso que sus padres habían pintado con tanto esfuerzo. No. Ella era otra cosa, era una maldita impostora.

Goliath fijó la mirada en un punto sobre el espacio, uno indiferente para él pero que le permitió pensar sobre el asunto que tenía frente a los ojos. Seguía mirándola en su mente, esa zorra, esa mentirosa. Ella y su familia tendrían que pagar por la traición que cometieron.

La ambición de Goliath la alimentaron desde que era un niño. Su familia era considerada como el grupo de Alfas más puros que existían, por ende natural que gozaran el reconocimiento de otros.

Eso mismo ayudó a hacerle pensar que todos debían estar a sus pies, obediéndole y sirviéndole porque una persona tan poderosa debía recibir el mejor trato posible.

Aunque una de las tendencias en los Alfas era educar a los hijos para hacerlos inteligentes y agudos mentalmente, para Goliath eso era lo de menos. Si bien naturalmente era un chico inteligente, prefería las cuestiones más de índole física, de ese tipo en donde tendría que demostrar su fuerza total sobre los otros.

Así que practicó todo tipo de actividades: caza, pesca, taxidermia, lucha, expedición, escalada. Todo aquello que pudiera representar una especie de reto físico para él, lo tomaría de inmediato, sin chistar.

Pero a pesar de sus intenciones un tanto animales, su padre y madre insistieron para que también nutriera su mente. Era necesario.

—Debes ser brillante y también fuerte. Debes probar que puedes ser una persona capaz de albergar una mente aguda, así como agilidad y potencia. Debes comprenderlo.

Esas palabras para un adolescente no sonaban demasiado fáciles para digerir por su propia terquedad, sin embargo, le daría la razón con el paso del tiempo.

Si bien su mente y cuerpo estaban concentrados en mantener el máximo de concentración para heredar el puesto de importancia que implicaba ser el líder de los alfas, Goliath eso no quiso decir que no tuviera consciencia de otras cosas... Como las mujeres, por ejemplo.

Su atractivo se acentuó cada vez más y era particularmente notable. Ese cabello rojo fuego, la piel blanca que parecía brillar y los ojos grandes y verdes que atravesaban a cualquiera. Pero esos rasgos eran sólo una parte, también estaba su altura, la fortaleza de su cuerpo y esa aura de seriedad que parecía envolverlo a pesar que sólo era un chico.

Se volvió agudo y observador, tenaz hasta rayar en la terquedad pero eso sí, leal, tan leal a su padre y a sus causas como nadie. Por eso ambos habían formado una poderosa alianza que no pasaba desapercibida: el padre era la mente y Goliath el cuerpo. La unión perfecta.

Cuando el viejo Walker ascendió al poder, ambos arrugaron la cara, pero luego comprendieron que tenía sentido. Ese viejo había sido uno de los restauradores de los Alfas y había ayudado a consolidar el poder de los mismos.

Pero la mira se había mantenido, no se quiso perder porque había intenciones de ascender, quien fuera de los dos. Sin embargo, los planes se vieron momentáneamente opacados por la aparición de un tercer actor: Louise.

Goliath no le prestó demasiada atención, porque tenía la mente concentrada en su fase de exploración sexual. Se dedicó entonces a estar con toda clase de mujeres, tías aventureras, tímidas, dulces. De todo tipo, su apetito era prácticamente voraz.

Primero, perdió su virginidad con una mujer importante dentro del círculo Alfa. Una mujer poderosa, elegante y con un andar muy sensual. Él la había visto durante muchos años, observándola desde lo lejos pero deseando quitarle cada prenda de ropa para devorarla y hacerla suya.

Trató de buscar la oportunidad adecuada hasta que en una de esas celebraciones que solían hacer. La miró pidiendo un trago en la barra, con un vestido largo, con escote en la espalda y con brillos. Parecía una estrella.

Tenía el cabello suelto, largo, rubio, y esa expresión en la cara de mujer suficiente y fuerte. Le gustaban así, que irradiaran poder y control... Porque él haría lo mismo.

Bebió el resto del vino que tenía en la copa como gesto para tomar un poco de fuerzas. Se levantó de la silla y caminó hacia su dirección, con los nervios brotándole en la piel pero estaba decidido. Pensó que podría aplicar lo que había aprendido de la caza y la pesca en su favor: la táctica para atrapar a su presa de la mejor manera posible.

Se colocó junto a ella y la mujer no le prestó atención hasta que giró la cabeza y se percató que junto a ella estaba un joven con la mirada insistente. Estuvo a punto de responderle de manera chocante pero no pudo, quedó embelesada por esa mirada tan intensa.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No.

Ella se quedó sin qué decir, así que permaneció un rato en silencio. La verdad, es que se había quedado intimidada ante la presencia de ese joven que parecía moverle hasta la última fibra de su cuerpo.

—¿Qué te parece la fiesta? Hasta hace poco estaba muy aburrida.

—¿En serio? Cuéntame, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—Tú.

De nuevo esa sensación extraña, muy parecida al calor y a los nervios. No quería decir que era la primera vez que escuchaba algo así, todo lo contrario, era una mujer experimentada y que sabía muy bien cómo eran las cosas, sin embargo, él tenía ese algo que le parecía extraordinario, diferente. Le agradó su descaró y soltura.

—Hay que tener cojones para hablarle a una persona mayor, muchacho.

—¿Debería sentirme intimidado al respecto? No lo creo... Y algo me dice que tú crees lo mismo.

Él tenía esa manera interesante de jugar y era indudable que a ella le gustaba eso. Pero, por lo pronto, sólo se limitó a sonreír.

—Bien, si te la das de ingenioso, ofréceme un trago. Veremos qué tan bueno eres con la conversación.

Ambos se sedujeron con la mirada y comenzaron a beber de una manera cómoda y agradable. Ella, quien se veía tan seria y distante, comenzó a reírse con él y comunicarle cierta cercanía por medio de su lenguaje corporal. Le agradaba tenerlo cerca, muy cerca.

Por otro lado, Goliath sólo pensaba en las ganas que tenía de poner sus manos debajo de su vestido, en tocar su piel, el sentir esos labios carnosos y en perderse en esa mirada que parecía decirle mucho más que su boca.

Esperó lo suficiente como para proponerle algo más atrevido:

—¿Qué tal si nos vamos a otro lugar? —Le dijo mirándola fijamente, ansioso por lo que ella iba a responder.

Por supuesto, eso para él representaba una apuesta muy importante. Muy fácilmente podría decirle que no y listo, la noche acabaría con él sobre su cama, con la mano en la verga y haciéndose un pajazo épico por aquello que pudo haber sido. Sin embargo, tampoco podía descartar la maravillosa oportunidad que podría representar el estar con ella.

Hubo una especie de silencio largo entre los dos. Goliath estaba a punto de volverse loco, por lo que esperó un poco más hasta que ella se acercó hasta su oído y movió sus labios suavemente.

—Llévame lejos de aquí.

Sintió que una corriente de emoción le corrió por todo el cuerpo. Incluso, casi sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Pero bien, todo lo que tenía que guardar en esa apariencia de hombre controlado, porque tenía que hacerla sentir que estaba con la persona indicada. Y así era.

Como otro acto aventurero, le colocó la mano sobre esa espalda torneada y perfecta. Sintió los músculos y el hueso fino de la espina. Posó sus dedos y acarició un poco. Sabía que estaba tentando su suerte pero tenía que arriesgarse, tenía que dar el todo por el todo. Luego pediría disculpa por ello.

Lo cierto es que a ella le encantó sentir todo aquello, esa manera de él de controlar la situación y también de hacerla sentir segura. No pudo evitar estremecerse un poco y le hizo a entender que así

se sentía gracias a él.

—¿A dónde quieres ir?

—Vamos a mi casa. Está sola desde unas semanas y seguirá así por otras más. Tendremos espacio suficiente para, bueno, divertirnos un rato. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Vamos, entonces.

Para ese momento, él ya tenía coche, así que se dirigieron a ese modelo clásico hermoso y brillante, uno de último modelo, propio del heredero de una dinastía importante.

Él le abrió la puerta y ella antes de entrar, se acercó tanto a él que rozó su boca con la suya, muy sutilmente. Sabía muy bien cómo seducir.

Prácticamente de inmediato, la verga de Goliath se puso tan dura como una roca. Quiso incluso tomarla entre sus brazos y abarcar su fino y escultural cuerpo. Rodearla, dejarla sin escapatoria y hacerle entender que él era el tipo de hombre con quien debía estar. Pero prefirió aguantar los bríos un poco, prefirió esperar la oportunidad debida para hacerlo. Y cuando sucediera, aprovecharía todo al máximo.

Anduvieron en el coche de él, dando vueltas por ahí, paseando y dejándose llevar por la brisa nocturna y el brillo de la luna. Ella había abierto su bolso de marca y extrajo un fino pitillo. Lo encendió y echó una profunda calada. La estela de humo se perdió con el viento y con la sonrisa que tenía en los labios, se veía realmente feliz.

Él experimentó una sensación de bienestar, como de conformidad en ese momento. Lo hizo sentir, incluso, más optimista sobre la situación. No quería que le fuera mal, por lo que el desenfado de ella le hizo sentir que todo saldría a pedir de boca.

Recorrieron unas cuantas calles hasta que ella se incorporó de repente para ver el camino completo.

—Sí, después de aquí, dobla hacia derecha. Luego te diré en dónde detenerte.

Él sólo asintió y tomó el volante para llevarlo hacia la dirección que ella le había indicado. A ese punto, el corazón parecía latirle con una fuerza impresionante. Estaba nervioso y más porque estaba acercándose a ese punto de encuentro para desatar por fin sus placeres.

—Aparca aquí, está perfecto.

Se detuvieron finalmente en una casa tan grande que parecía una mansión. De hecho, la residencia en donde se encontraban, era sumamente lujosa y ya eso era decir bastante. Así que él dejó de sentirse impresionado por el lugar para luego concentrarse en ella, debía hacerlo.

Salió rápidamente y fue hacia la puerta donde se encontraba ella, la abrió y la ayudó salir al extenderle la mano. En ese punto, no se había fijado que estaba bien nervioso, aunque ella sí.

—¿Estás bien?

—¿Eh?, eh, sí, sí. Todo bien.

Luego se acercó a él lentamente hasta que bordeó su cuello con sus brazos, al punto de que su

cara estaba muy junto a la de ella. Goliath experimentó el olor delicado de su perfume, la suavidad de sus dedos que rozaban la nuca y el brillo de su mirada. Esa sensualidad tan perfecta y sublime.

—Tranquilo, mi amor. No tienes por qué preocuparte. Todo saldrá bien, ¿vale?

Sus dedos se enredaron en ese cabello espeso y rojizo, lo acarició un poco y lo miró fijamente a los ojos, como si quisiera perderse en ellos. Se quedó un rato así hasta que se acercó y le besó en los labios.

Goliath sintió que algo dentro de sí pareció estremecerse por completo. Ese contacto tan intenso y perfecto, terminó por convencerlo de que había tomado la decisión correcta en atreverse a acercarse a ella e invitarla a tener privacidad.

Luego de ese beso, ella le tomó la mano y lo miró con picardía. De esta manera, lo guió hasta la imponente entrada de la casa la cual, además, estaba iluminada como si fuera un palacio. Las columnas, los jardines y la pequeña fuente que estaba en toda la entrada. El sonido del agua le pareció tan relajante y perfecto que era casi como la armonía perfecta para un momento como ese.

Caminaron con cuidado, subieron unos peldaños de cemento que conducían a una enorme puerta de madera. Ella le soltó la mano por unos momentos para extraer la tarjeta para abrir y poder entrar. Esos instantes fueron suficientes para que él pudiera examinar la espalda curva y suave. La tela suave que caía sobre su piel y que parecía acariciarla tan delicadamente.

Estaba encantado, ensimismado, babeando como un tonto y ella lo sabía. De hecho, era una sensación que disfrutaba porque desde hacía tiempo no se sentía de esa manera. Su esposo, uno de los hombres más venerados por la cultura Alfa, no le prestaba atención porque estaba más concentrado en abrazar más poder que en la relación que tenía con su mujer.

Sin embargo no tenía tiempo para pensar en ello, no le importaba, la verdad. Estaba emocionada con la idea de encuerarse con un chico más joven que ella. Le despertaba el morbo de una manera indescriptible y era algo que sencillamente le encantaba.

Por fin se escuchó un pequeño clic que anunció que por fin la puerta se había abierto. Ella giró la cabeza lentamente y le hizo una mirada de reojo, de complicidad.

Entraron y a diferencia del exterior, el interior estaba completamente a oscuras. Ese ambiente también le hizo sentir a Goliath que era una especie de cazador que estaba a punto de saborear la carne de su presa.

Sintió que la boca se le había vuelto agua, que sus manos estaban listas para tomarla y que conquistaría su cuerpo con esa verga venosa que tenía. Sin embargo, hubo un cambio en los planes, tratándose de la mujer que era, las cosas dieron un giro inesperado. Ella le hizo un gesto con las manos para que se quedara allí, esperándola.

Ella avanzó unos cuantos pasos hasta que se detuvo en un punto de la habitación. Se veía tan bella y tan gloriosa porque justamente uno de los rayos de luna le daba en toda esa figura espigada y curva. Ella se echó parte del cabello suelto hasta atrás, como una manera de despejar sus hombros y de lo que estaba a punto de pasar.

Llevó sus manos hacia atrás y él notó que había comenzado a quitarse el vestido. Se bajó los tiros de este y luego de unos cuantos movimientos, ella quedó completamente desnuda ante él.

Goliath no pudo creer lo que tenía en frente, esos pechos, esa cintura, esas caderas y ni hablar de las piernas: largas, torneadas. Lo que más le dio morbo, además, fue ese rostro de mujer segura. No dejaba de pensar que haría lo necesario por hacerla suya infinitas veces hasta volverla adicta a él.

Ella se quedó allí, espléndida y con la expresión descarada. Goliath supo bien que era una especie de juego así que no se adelantó demasiado para no quedar como un inexperto. Eso, además, también alimentó el aura de un ambiente que se volvió intenso, muy intenso.

Era claro algo muy importante, Goliath ya había estado con mujeres anteriormente, así que tenía experiencia en el tema. No obstante, quería ir un poco más allá, sobre todo con ella.

Cuando no pudo más, se acercó como una especie de pantera. La tomó entre sus brazos y fue directamente hacia sus pechos, esos mismos que desprendían un olor glorioso. Sus manos apretaban su cintura como queriéndose aferrar en ella o en su piel.

Siguió comiéndola de esa manera hasta que por el propio impulso de su cuerpo, la tomó entre sus brazos y la llevó hacia donde le pareció estaban las habitaciones. En ese punto, él no podía pensar ni reflexionar demasiado. No le importaba, estaba siendo llevado por el mero impulso del deseo.

Subió unas largas escaleras pero no le importó, estaba como un animal y ella lo sabía. Así que de vez en cuando le acariciaba el cabello y la nuca, lo miraba de reojo y veía esos ojos encendidos. Llenos de fuego.

Finalmente llegaron al piso superior y él comenzó a moverse ágilmente porque no podía más. Si hubiera sido por él, de seguro la dejaba en el suelo para follarla allí hasta el cansancio. Quizás sería un buen plan para después pero no para esa noche. Las cosas con ella debían ser diferentes, al menos la primera vez.

—Aquí...

Le dijo ella muy suavemente, mientras le indicó una de las habitaciones que estaban allí. Goliath empujó la puerta y se encontró con un lugar amplio e igual de oscuro. Entonces, se apresuró en dejar ese cuerpo tan perfecto sobre la cama para luego irse por un momento y encender la luz. Estaba desesperado por verla.

La iluminación tenue se manifestó en toda la habitación. Esa mujer estaba esperándolo con esa sonrisa malvada y casi cruel. Estaba consciente que él era suyo y así lo sería.

Por otro lado, Goliath no era ningún tonto, de hecho él también tenía lo suyo y se lo haría saber de alguna manera. Así que se colocó en frente de la cama y la miró fijamente, aún vestido.

Ella solo se retorció un poco porque la situación le divertía, estaba a punto de jugar con ese chico a quien estaba dispuesta a enseñarle unas cuantas cosas pero, de nuevo, Goliath demostraría que, a pesar de su juventud, era alguien experimentado y bien capaz de demostrar habilidad.

Comenzó a desvestirse, a quitarse la ropa con paciencia y también con cierta crueldad. Si bien él estaba seducido por el cuerpo de ella, también podía hacerlo mismo con el suyo. Por ende, poco a poco dejó las prendas caer al suelo

Cada vez que lo hacía, dejaba en evidencia esa estampa tallada, definida, perfecta. Pero eso no era todo, también había algo más. Sin duda, ella se deleitó con el físico que tenía en frente de sus ojos pero también se percató del tamaño de la verga de ese chico.

Grande y gruesa, imponente y venosa. Por un pequeño instante sintió un poco de temor pero eso no hizo que se echara para atrás, lo contrario, lo sintió como si fuera un reto.

Luego de quedar desnudo, Goliath se quedó mirándola listo para algo más. Estaba algo indeciso pero luego se decantó por lo siguiente, ansiaba sentir los labios de esa mujer sobre su verga lo más pronto posible.

Se acercó hacia donde estaba ella y la miró haciéndole entender lo que tenía que hacer. Ella comprendió que era un chico que no se andaba con juegos, así que se colocó sobre la cama, boca arriba, hasta posicionarse en el borde de la cama. Al estar lista, abrió la boca, deseaba ser follada así por él.

Goliath hizo una sonrisa amplia producto de la satisfacción que sentía. Era como estar en la cúspide. Así era.

Le colocó la verga entre los labios y se quedó allí, acariciándolos poco a poco. Luego, cuando sintió que no podía más, hizo que ella abriera la boca para metérselo lentamente y con paciencia.

Le pareció increíblemente sexy las arcadas que ella hizo y la forma en cómo se retorció sobre la cama porque resultó ser un tamaño más pronunciado de lo que había calculado.

Goliath disfrutó de esa primera vista pero también tenía otras cosas frente a sí. Esos pechos, esa cintura definida, esa figura curvilínea, perfecta. Así que se estiró para tocarlos, para manosearla y para hacerle saber que era de él cada parte. Que no habría manera en que ella lo olvidaría pero eso no existía, sería imposible.

Cuando sintió que ella se había acostumbrado a su tamaño, comenzó a moverse con más intensidad. Así que su pelvis comenzó a dibujar una especie de movimiento sensual y constante. Iba cada vez más y más hasta que las ganas fueron más grandes que él. En ese punto, no aguantó y se dedicó a tomarla por el cuello. La acomodó de tal manera que la dejó en cuatro sobre la cama.

Por supuesto, no se esperó que esa vista fuera tan impactante. Esos labios calientes, húmedos, esas piernas y esas nalgas tan bellas y redondas. No pudo evitarlo y le dio unas buenas nalgadas, tan fuertes y contundentes que sus manos quedaron marcadas en esa piel blanca y delicada.

—Vas a acordarte de mí... Te lo juro.

Ella apenas tuvo tiempo para responderle con un gemido porque poco después sintió cómo él le embistió con fuerza y contundencia. Goliath apoyó sus manos sobre su cintura y se agarró de allí como si no hubiera un mañana.

De inmediato, los gritos de ella no se hicieron esperar. De hecho, casi parecieron retumbar la habitación. Esos ruidos eran la señal perfecta de que estaba quebrándose cada vez más y eso a él le encantaba.

Se sostuvo a aquellas curvas como nunca lo había hecho en su vida. Por dentro, sin embargo, a pesar del grado de excitación que tenía, hubo algo en él que le hizo entender algo importante. Algo

comenzó a crecer en su interior, una cuestión que no supo explicar de inmediato y que, además, no se había manifestado hasta ese momento.

El nivel de concentración era tal que se olvidó de sí mismo por un largo tiempo, no supo qué hacer ni cómo reaccionar, salvo dejarse llevar por ese instinto que parecía hablarle con una claridad perfecta, precisa.

Así pues, permitió que la naturaleza hablara por sí misma, manifestándose de múltiples maneras. Entre todas que se presentaron en su imaginario, se decantó por una en especial.

Dejó una de sus manos y la llevó hacia el cuello de ella mientras su cabeza iba de un lado a otro gracias al vaivén del sexo que tenían. Cerró sus manos en esa fracción de su cuerpo y apretó levemente.

Esperó por un momento, quedándose quieto, esperando el rechazo. Pero por suerte, no fue así. Sonrió para sí mismo hasta que de nuevo un impulso se manifestó en él: el deseo de apretarle con más fuerza fue suficiente como para hacerlo.

Ella, seguidamente, hizo una exclamación intensa de excitación por lo que Goliath se percató que a esa mujer, tan fría y serena en el exterior, realmente era una amante de la sumisión y él estaba completamente seguro de que era persona ideal para llevarla hacia esos límites que pocos mortales hubieran deseado tener.

El sexo, después de ese gesto, se volvió más intenso y más increíble. Agarrones de cuello, apretones en las nalgas y mordidas en lugares pocos escondidos los cuales resultaron como un desafío a esa norma tácita de no dejar nada que resultase demasiado evidente. Pero así era él, un rebelde de espíritu quien disfrutaba hacer lo que le daba la gana.

Al cabo de un rato, ella terminó en el suelo, arrodillada y con la cara puesta en dirección a la de él. ¿La intención? El mirarlo fijamente mientras se tragaba su pene, mientras lo tenía en la garganta.

Goliath plantó ambos pies con la intención de no perder el equilibrio durante el proceso. Si bien ya había experimentado tal cuestión por otras mujeres, ella tenía algo que no sabía explicar. Lo dejó a la experiencia y a esos años que le otorgaron la suficiente sabiduría al respecto.

Poco a poco se sintió que estaba acariciando ese borde de la desesperación, los labios de ella, afincados en el glande, lo llevaban hacia un compendio de sensaciones que era incapaz de describir.

Las arcadas que hacía, los hilos de saliva que despedía luego de tenerlo todo en la boca, esos mismos que aterrizaban en su mentón y en sus pechos deliciosos. La humedad también le permitía masturbarlo con fuerza, así que era lógico que perdiera la noción de las cosas cada tanto.

Sin embargo, cuando lograba recomponerse, le tomaba por el cuello, sujetándolo con fuerza para también obligarla a mirarlo a los ojos. Se veía tan dulce, tierna, sumisa. Esa mezcla que también se juntaba con la desesperación y con el placer de tener toda esa verga en la boca.

En algún momento de esa sesión, ella le esbozó una sonrisa. Sabía plenamente que estaba listo para correrse dentro de su boca, así que se acomodó mejor y se preparó para aquello. No podía esconder el placer que sentía al respecto.

Afincó más sus pies sobre el suelo e hizo lo propio con la cabeza de ella. Al tener la mano

sobre el cabello, le permitió tener cierto control de la situación como si tuviera una rienda, así que podía tener el dominio del ritmo y de la intensidad de la que estaba experimentando.

De vez en cuando soltaba algún jadeo y uno que otro gemido. Le demostraba a ella que era una mujer bien experimentada y que sabía muy bien cómo darle placer a un hombre.

Pero no tuvo tiempo pero algo más, estaba ya en un nivel que no había alcanzado jamás. Estaba tan ido, tan fuera de sí que no hubo manera de asegurar el autocontrol, por lo que solo le bastó cerrar los ojos y expulsar el chorro de semen caliente directo a la garganta de esa mujer, la amante que recibió plácida ese regalo y quien se dedicó a comer enteramente cada parte de él.

Al cabo de unos segundos, después de unos cuantos temblores y sacudidas, después de unos cuantos besos intensos, los dos terminaron por quedarse en un solo abrazo y echarse sobre la cama.

La luz tenue se percibió como una especie de tela suave sobre el ambiente, así que fue interesante esa sensación de comodidad. Ella descansaba sobre su pecho, mientras que él tenía la mirada fija hacia el techo. Se sintió mucho más hombre, más completo.

Goliath tuvo serias dudas sobre si ambos volverían a verse después de esa noche. Aunque no fuera así, al menos podría decir con cierto orgullo que había estado con la mujer que había sido protagonista de muchas de sus fantasías. Pero, si era muy sincero consigo mismo, tenía la sensación de tristeza puesto que no quería dejar demasiado rápido las sensaciones que tanto lo habían exaltado.

Para su buena suerte, ella lo volvió a contactar, no sólo una, sino varias veces. Así que ambos parecían tener una relación carnal muy intensa, como si fueran un par de adolescentes.

Follaban prácticamente en todas partes y en momentos del día insólitos. Para ella era revitalizante tener a alguien con un intenso vigor sexual y que, además, también le brindaba un confort emocional. Se sentía atendida y consentida, deseada por un hombre atractivo y muy viril.

El proceso de Goliath no fue menos interesante. También le gustaba estar con ella pero había algo más, algo más interesante: descubrió que le gustaba controlar, dominar y tener posesión de las cosas más de lo que hubiera imaginado.

Experimentó todo tipo de situaciones con su amante por el afán de probarse a sí mismo cada vez más y cada situación, le abrió los ojos. Era un potencial dominante.

Todo en su cabeza comenzó a encajar: la necesidad de gastar una energía impresionante de su cuerpo, el tener que poseer todo el control sin importar la circunstancia, el sentir que sus órdenes serían obedecidas... Todo aquello era como la melodía perfecta de su vida, era lo que ansiaba y por fin podría decirse que tenía un propósito, aunque tuviera que tener cierto cuidado.

La relación había superado sus expectativas. Estar con ella no sólo lo hacía sentir completo sexualmente sino también a nivel emocional. No pensó que fuera capaz experimentar tal grado de sincronización pero estaba conforme... Independientemente de cómo terminaran las cosas.

Un día, ella lo llamó para hablar con él. Le dijo que debía mudarse con su marido y era muy probable que no lo vería, al menos, por un buen tiempo. Goliath cobró una expresión severa y muy neutra, por lo que decidió no reflejar emoción alguna. Asintió levemente y dejó que las cosas no lo afectaran demasiado, al menos no frente a ella.

Acordaron tener un último encuentro para celebrar el tiempo que permanecieron juntos y se despidieron con amargura. Goliath se sintió abandonado porque se dio cuenta que a pesar de todo el tiempo invertido, no fue suficiente quedarse con ella.

Sin embargo, no todas la experiencia fue negativa: aquello le sirvió para entender que era un buen amante, que adoraba el sexo y el control, que le gustaba empujar y empujarse a sí mismo a límites. Lo único que tenía que hacer era encontrar a una mujer que también comulgara con ese tipo de situaciones.

Pero aquello no era demasiado fácil para un Alfa como él, las mujeres de su clan era cerradas y delicadas como flores. Y si bien aquello era agradable hasta cierto punto, el hecho era que le resultaba a veces increíblemente aburrido, así que se mantuvo bajo perfil, manteniendo relaciones esporádicas con sumisas Omegas mientras mostraba la fachada de niño bueno con alguna noviecilla Alfa.

La situación le distrajo por un tiempo pero estaba el gusanillo del poder. Su padre no logró ascender como líder de los Alfas pero estaba la posibilidad de que él, al menos, lo fuera. Incluso, a veces se imaginaba a sí mismo, sentado en esa imponente silla con esa mirada desafiante ante los demás.

Pero no había completa claridad en el panorama, estaba la figura de los Walker como los favoritos de los demás. No obstante, por alguna razón, tenía la sensación de que algo no encajaba bien, como si existiera una especie de incoherencia en toda esa imagen de familia perfecta... Había algo más allá que no podía descifrar.

No conocía a Louise Walker pero sí estaba consciente del poder que estaba alrededor de ella. Se sabía que era una mujer fuerte, independiente y digna hija del viejo Walker. La gente la admiraba porque era brillante y físicamente hábil, dos cualidades que juntas, no eran demasiado comunes entre las mujeres Alfas.

Al menos tenía que reconocer cierta admiración por ello, pero en las pocas ocasiones que logró verla, su instinto le decía constantemente, casi a gritos, que debía investigar sobre ella. Así que se dispuso a hacerlo.

Se sabía que el matrimonio de los Walker era poderoso pero también infértil, entonces, ¿cómo apareció esa niña? ¿Por qué ocultar la dicha de la espera de un hijo? Nada tenía sentido.

Siguió indagando y descubrió que el desconocimiento del origen de esa niña era casi un hecho universal, lo que sucede es que todo se dejó de lado porque eran tan encantadora que no fue necesario prestar demasiada atención.

Goliath revisó registros de todo tipo y se encontró siempre con callejones sin salida. La idea de esa mujer era una extranjera le estaba comiendo las neuronas al punto de la obsesión.

Al cabo de un tiempo, un poco antes de la decisión del consejo, se enteró que Louise nació como una Omega y que justo antes de que mataran a su madre biológica, fue adoptada por el viejo Walker por petición de esta. El destino de la niña estaba incierto hasta que el tío cayó rendido ante esos grandes ojos azules.

—Maldita sea. Esto es.

Le dijo a su padre y ambos se mantuvieron callados.

—Ya llegará el momento de contar eso, pero por lo pronto mantengámonos cautelosos. Walker es un hombre importante.

—Más aún debemos hacer la estocada final. Tú podrías asumir el poder o yo... Es lo que siempre quisimos.

—Espera, hombre. Tienes que pensar con inteligencia. El ímpetu es bueno en ciertas ocasiones pero no todo el tiempo. Puede estropear los planes.

Él se quedó callado pensando en que la estrategia de su padre era una pérdida de tiempo... Y así fue. Cuando el consejo dio la respuesta, Goliath estuvo a punto de explotar de la rabia. No sabía hacer ni qué decir, parecía una especie de fiera enjaulada.

—¿Ahora te parece que es buen momento para decirlo? Podemos hacerlo, padre, podemos reclamar lo que es nuestro.

—Podríamos provocar un desastre descomunal y sin sentido. La han escogido porque piensan que es la mejor opción para nosotros. Debemos servirla ahora.

El estado de negación era demasiado para Goliath. No soportaba la idea de tener que sublevarse ante una impostora. No podía, era imposible para un hombre como él.

Así pues, que estando allí, en las afueras de ese patio verde y claro a pesar de ser un día claro, se prometió a sí mismo que haría lo que fuera necesario para hacerle pagar. Si bien no podría decir algo para desenmascararla, algo se le ocurriría para hacerle sufrir por las mentiras que construyeron alrededor de ella y de los demás.

Cerró los ojos y su mente fue tan rápido que casi pensó que no podría más.

—Sí... La van a pagar... La vas a pagar.



IV

Louise estaba ya despierta cuando escuchó el canto de los pájaros temprano en la mañana. Se quedó mirando por la ventana, admirando el exterior, ensimismada. Luego, llevó la mirada hacia el suelo y experimentó una vez más aquella incomodidad, aquella falta de sentido de pertenencia que parecía molestarla cada vez más.

—Estas son tonterías.

Fue hacia otra estancia de la habitación para tratar de distraer su mente. La verdad es que tenía muchas cosas que pensar, sobre todo por las obligaciones que tenía por delante. A pesar de confiar en sí misma, sus deberes estaban siempre allí, esperándola.

Sin embargo, se quedó sentada en un mueble con mirada aún fija en la ventana. Por un momento deseó alejarse de todo y salir corriendo. Inventar una excusa para que nadie fuese capaz de alcanzarla. Suspiró y luego miró el reloj. Dentro de poco le avisarían la agenda del día, ya no tendría más tiempo para escapar.

Louise enfrentó la situación de la mejor manera posible. Su padre hizo lo posible por enseñarle cómo debía actuar, cómo debía comportarse en los momentos críticos y cómo llegar a las soluciones cuando más lo necesitara. Pero, a pesar de ello, se sentía cada vez más incómoda con su posición.

Se escondía detrás del rostro frío y distante, dispuso su mente a imaginar que todo aquello era producto de una especie de juego pero uno bastante serio. Así que asumió la mayor seriedad posible, aunque eso implicara un gran agotamiento emocional y sentimental.

Después de un arduo día, regresaba a su residencia plagada de guardias de seguridad y cámaras, ella era una especie de objeto valioso que debía ser preservado de la mejor manera posible. La rutina era lo mismo, una y otra vez.

—Mi señora, hay fuertes rumores de un posible levantamiento de los Omegas. Le hemos traído informes específicos de los movimientos y las posibles consecuencias de lo que puede suceder.

Louise tomó el informe en sus manos y comenzó a leer rápidamente. Cada palabra, cada párrafo, contenía información importante y a la vez sensible. Estaba preocupada por lo que podría pasar, sobre todo porque era posible la ruptura de la tranquilidad y paz de una sociedad que apoyaba su confianza en ella.

Se sentó en la silla de su amplio escritorio para pensar con mayor claridad la situación. Por otro lado, comenzó a experimentar una extraña sensación.

—¿Desde cuándo se está produciendo eso?

—Según las estimaciones, unas cuantas semanas, pero tenemos la sensación de que es posible que el movimiento tenga mucho más tiempo gestándose.

Siguió repasando las hojas hasta darse cuenta que todo aquello representaba una bomba de tiempo. Había que hacer algo.

Entre los consejeros estaba Goliath. Por alguna extraña razón, pensó que esa situación era

simplemente perfecta, principalmente porque la colocaría en aprietos por dos situaciones: el descontrol que podría desatarse producto de una sublevación, y también la espera de la confirmación de la sospecha de que ella fuera una Omega. Cualquier reacción mínima sería suficiente para confirmar o no sus sospechas.

Estudió cada rasgo y por un momento se encontró satisfecho, aunque reflexionó después. Quizás se trataba de un teatro.

Por otro lado, estaba ansioso por desenmascararla pero no tenía muy claro cómo lo haría. ¿Lo gritaría en frente de todo el mundo? ¿La acusaría de ineptitud? En su cabeza estaban surgiendo planes de todo tipo, sus neuronas iban a mil por hora.

Después de un pausa silenciosa, en donde todos trataban de analizar la situación, Goliath acabó de tramar su plan.

—Mi señora, permítame que le aconseje lo siguiente. Según el informe que hemos leído todos, parece que el epicentro de la acción es uno de los barrios más peligrosos de los Omegas, muy cerca de la periferia del lado oeste. ¿Por qué no indagar más al respecto? Con esto me refiero hacerlo directamente, no hay nada mejor que ver la situación con los propios ojos.

Hubo un murmullo símbolo de escepticismo. Era obvio que la propuesta había caído mal sobre todo porque podría poner en peligro la vida de esa mujer. No obstante, Goliath tenía algo claro, aquello sería tentación suficiente como para que la mujer se le despertara el gusanillo de la curiosidad y sabiendo que era alguien que aceptaba una batalla por más compleja que fuera, era muy seguro que no se negaría. Al menos no inmediatamente.

Ella se quedó pensativa, mirándolo fijamente. Ciertamente se trataba de un tío alto, robusto y con la mirada encendida. Siempre le llamó la atención el ímpetu que emanaba su cuerpo, actitud que muy probablemente le había producido problemas en alguna oportunidad.

Si bien tomaba con ciertas reservas las opiniones de sus consejeros, especialmente la de él, pensó que quizás no era mala idea. No estaba mal que como mujer Alfa se bajara de su perfecto pedestal para ver la cruda realidad de una clase social que estaba a punto de estallar.

A lo mejor eso sería suficiente como para calmar las aguas si hacía un acto de presencia allí. El presentarse podría dar la señal de que buscaba la conciliación y quizás así podría comenzar a sanar esas profundas heridas de un grupo de personas que estaban heridas y terriblemente desplazadas.

—Creo que tienes razón. Un grupo de nosotros debería ir para conocer más la zona y conversar un poco con los locales. Además, creo que será una oportunidad interesante de que sepamos en primera mano cuán tan grave es la situación.

—Pero, mi señora. Ese lugar es potencialmente peligroso, incluso para usted. Sólo asomar su cabeza podría representar una seria amenaza a su vida.

—Es lo que es. No puedo ocultar las cosas con sólo desearlo. Esta problemática está ya arrastrándose desde hace mucho tiempo y no se puede seguir así. Es demasiado. Hay que encontrarle un punto final y quizás sea de esta manera. Entonces, Goliath, reúne un equipo de cinco más nosotros dos. Te encargarás de hacer los preparativos correspondientes.

—Sin duda, mi señora.

Él por dentro no paraba de reír. El haber apelado al sentimiento altruista de ella resultó ser mucho más provechoso de lo que había pensado. No pasó demasiado tiempo para que comenzara a realizar los preparativos para ese día tan importante.

El aura en general era bastante tensa. Algunos consejeros no estaban de acuerdo ni con la propuesta ni con la decisión, pero ya todo estaba puesto en marcha. Louise estaba recibiendo una gran cantidad de informes y de estatus para el conocimiento de la situación y así poderla manejar lo mejor posible.

Por otro lado, Goliath estaba tramando la red alrededor de ella. La locura de su ambición fue suficiente como para convencerlo de no decir palabra alguna y menos a su padre. Él terminaría de asumir la decisión que había tomado desde hacía mucho tiempo.

Desde el primer día supo lo que quería hacer: Louise Walker sería su esclava y lo sería porque él le demostraría el poderío que tendría sobre ella. Le haría entender que él era el verdadero Alfa y no ella, una simple impostora que había tomado una posición que no le correspondía.

Tenía el lugar y sabía cómo la tomaría para convertirla en su rehén. Sin embargo, aún no tenía demasiado claro qué hacer después, pero eso no representaba un problema para él. A contrario, no se la llevaba mal con la improvisación, era algo que lo hacía disfrutar inmensamente.

Mientras la veía andar por las oficinas, mientras la escuchaba hablar, sólo podía imaginarse el momento de decirle la verdad, de decirle que no tenía por qué tener un poder que no era el suyo y que, por ende debía renunciar a él si al menos tenía una cuota de dignidad.

Los días transcurrían lentamente y la espera lo mantenía al borde de la angustia. Tenía todo listo para hacer lo que tenía que hacer.

—Mi señora, estamos listos para la misión. Quedamos atentos ante la orden.

—Bien. Prepárense.

En ese momento, Louise tuvo una extraña sensación, como si algo estuviera a punto de suceder... Algo que no lo tenía demasiado claro. Sin embargo, la misión era esa y tenía que hacerle frente lo mejor posible.

Justo en ese momento, se le apareció Goliath por detrás. Él estaba vestido de negro cerrado y tenía un pequeño moño que recogía los largos cabellos rojos. Tenía la mirada despejada y parecía extrañamente relajado. Al verlo, Louise no pudo evitar sentirse tranquila, como si las cosas estarían bien a pesar del miedo que sentía.

—Mi señora, la veo un poco ansiosa. ¿Está bien?

Fue la primera vez que alguien le preguntaba algo remotamente parecido desde que había asumido el poder.

—¿Puedo ser sincera? —Después de un ligero asentimiento por parte de él, ella respondió—Nerviosa, me siento muy nerviosa. Lo raro es que tengo la sensación de que algo pasará pero no tengo certeza de qué es. Es una locura.

—Es normal, mi señora. Sobre todo cuando se trata de explorar hacia esos lugares que representan lo desconocido para nosotros. Pero no se preocupe. Usted cuenta con una fuerza

importante que la apoyará en todo momento. En eso puede estar segura.

Lo último lo dijo con cierto tono sarcástico. Intentó no hacerlo pero le fue imposible. La sola idea de las cosas que tenía en mente, el imaginarse que no faltaba demasiado por hacerle entender que sería de él por el tiempo que quisiera, le resultaba increíblemente estimulante.

—Sí... Supongo que tienes razón. Es mejor que no retrasemos esto más de lo necesario.

Ella le dio la espalda para comenzar a dar las órdenes de movilización. Goliath se quedó allí, mirándola y esperando el momento en que la haría su esclava. Lo que ella era realmente.

Dos camionetas negras cruzaron toda la ciudadela de los Alfas en completo silencio. Aunque era de día, todo se sintió extrañamente tranquilo. Louise tuvo la sensación de que aquello podría representar una señal inequívoca de algo que se aproximaba, algo amenazante.

Pero espantó todo temor. No tenía demasiado tiempo para pensar en ello, no quería ahogarse en sus propios miedos porque estaba rodeada de hombres que confiaban plenamente en su criterio. Así que se volvió a refugiarse en su rostro frío y sereno.

Goliath estaba en frente y con la mirada fija en la ruta que había demarcado para la exploración de la periferia. Poco a poco, veían la transformación y el drástico cambio de la vida plena y serena de los Alfas y Betas, en contraste con la miseria y el caos de los Omegas.

Gente de todas las formas y estilos, cúmulos de personas se trasladaban de un lugar a otro sin parar, como cardúmenes, como masas amorfas. Louise miraba por la ventana con un sentimiento de maravilla que parecía embargarle el cuerpo. Por alguna razón, todo le resultaba familiar, a pesar que nunca había puesto un pie en esas calles.

—Faltan unos cuantos metros, mi señora. Pronto llegaremos a destino.

—Vale.

El frío de la emoción irradiaba todo su cuerpo. Goliath sabía que no faltaba demasiado tiempo para que sucediera aquello que estaba ansioso. Un poco más, sólo un poco más y todo saldría según el plan.

Se detuvieron finalmente a las afueras de la ciudad principal Omega, puntualmente en un puerto abandonado. La vista era gris y bastante árida. El asfalto estaba todo roto y en algunas secciones había huecos pronunciados. Tenían las huellas de un pasado un poco menos tétrico que ese presente.

Louise salió del coche a pesar de las protestas de su equipo de seguridad. Dio unos cuantos pasos y estudió rápidamente la zona con la mirada panorámica. No hubo nada salvo por un silencio absoluto. Uno que le recordó que quizás estaba en peligro.

Avanzó y detrás de ella se formó el anillo de seguridad. Todos se miraban cuestionándose la tontería de estar allí.

—Mi señora, no parece un buen lugar. Si sucede algo, será muy difícil el poder protegerla adecuadamente.

—La cita era aquí y aquí debemos estar. Tranquilos, todo se ve se bien...

A lo lejos se escuchó un poderoso ruido. Luego otro... Luego otro. Lo más extraño fue que cada

vez más se sentía más cercano pero, aun así, era difícil distinguir el verdadero origen.

Segundos después, sintieron que la tierra se movía debajo de sus pies para luego percibir un olor dulce, casi almizclado. A pesar de todas sus habilidades y de su experiencia, Louise no pudo reaccionar rápidamente. Más bien se quedó allí de pie, mirando que quienes estaban con ella comenzaban a caer sin razón aparente.

Miró uno de los coches e hizo el esfuerzo de ir hacia él.

—Mierda, una emboscada...

Se dijo a sí misma, quizás con la esperanza de albergarse y de pedir ayuda. Pero justamente cuando estaba a pocos metros de la única salida, se interpuso el gran cuerpo de Goliath. Plantado con ambos pies y con las piernas un poco separadas, él tenía esa mirada victoriosa a pesar de la máscara antigua que tenía.

Ella quiso decir algo, deseó golpearlo con todas sus fuerzas pero no pudo. Se quedó allí, con la indignación marcada en una mueca indescriptible hasta que sintió que sus piernas ya no pudieron más. Se desplomó y cayó en el suelo, aunque hizo un tremendo esfuerzo por sujetarse de los brazos.

La última imagen que tuvo fue de él, quien la miró desde lo alto. Después todo se volvió oscuridad.



Goliath miró el cuerpo frágil de ella sobre el suelo, ese mismo que parecía estar envuelto en el espeso humo blancuzco que había alrededor. Todos los demás estaban como ella, inmóviles, así que Goliath se tomó el tiempo para apartarse por un momento para buscar un coche para llevársela de allí.

Luego de dejarlo preparado, la tomó entre sus brazos y la cargó como si se tratara de un objeto valioso y precioso. La quería con bien para que no sufriera demasiado daño... Al menos no de esa manera. Ella debía estar bien para que pudiese soportar todo lo que estaba por sucederle.

Así pues que la dejó en el asiento de atrás para que pudiera descansar el cuerpo por completo. La aseguró con unas cuantas cuerdas y luego fue hacia el asiento correspondiente para ir hacia el lugar que había destinado para ambos.

De vez en cuando miraba el reloj con la intención de calcular cuánto tiempo le quedaba antes de que se despertara. Sí, aún no debía preocuparse por ese tema en particular. Iba bien.

La aridez del puerto Omega comenzó a quedar atrás poco a poco. De hecho, tomó un camino completamente diferente. De hecho, lo conoció en una de esas veces que estaba preguntándose si había posibilidad de encontrar un lugar para fraguar el plan.

Logró encontrar un sitio perfecto, una especie de cabaña en unos bosques muy alejados de todo lo humano. La primera vez que lo vio pensó que quizás tendría un aspecto muy diferente en otros tiempos, quizás hasta un aspecto más amigable y acogedor.

Después de ese día, guardó las coordenadas y se aseguró de tener todo lo necesario para que pudiera servir de celda para Louise. Todo lo que podía hacerle se le presentaba en la cabeza como un gran desfile de posibilidades.

Las sombras de los árboles hacían que el día se sintiera más frío de lo que ya estaba. Pero eso no representó demasiado problema para él. Aquello era solo una nimiedad, un pequeño detalle sin importancia, algo sin valor.

Luego de unos cuantos minutos, por fin llegaron al punto en donde la cabaña emergió del horizonte. Tenía un aspecto menos sombrío que la primera vez pero aun así no resultaba ser demasiado llamativa para los curiosos.

Aparcó el coche en un lugar estratégico y luego se dispuso a sacar el frágil cuerpo de ella del asiento de atrás. Abrió la puerta lentamente y la tomó entre sus brazos con firmeza, luego se encaminó hacia las escaleras de madera, subiéndolas poco a poco, hasta que colocó su dedo índice en uno de los marcos de la puerta. Esperó unos minutos y escuchó el sonido de esta abriéndose. Había instalado ese sistema con él fin de asegurarse de que nadie, por más que lo intentara, pudiera entrar.

La cerró tras sí y notó que el día comenzó a caer. Poco a poco notó las sombras de las ramas y hojas dibujándose en el suelo. También esto le ayudó a saber que pronto los efectos del gas pasarían, así que tendría que apresurarse.

La dejó entonces en una silla de madera oscura y no tardó demasiado en atarle los brazos, las muñecas y los tobillos. Lo hizo con una paciencia increíble y con una destreza propia de una persona que sabe muy bien cómo hacerlo.

Lo hizo de manera que quedaron firmes pero lo suficiente como para no hacerle daño a la piel. Se echó para atrás y la miró como si fuera una obra de arte. La cabeza estaba ladeada, los ojos cerrados y la boca entreabierta ligeramente.

Estaba desesperado por encontrarla despierta, por decirle todo lo que sabía de ella y dejar de fingir de una vez por todas. Así que trajo una silla consigo y se dispuso a acomodarla justo en donde estaba ella, en frente. Quería que se encontrara con la imagen de él y que eso mismo le produjera la descarga de emoción que tuvo cuando se desplomó en el suelo.

La pesadez de los párpados de Louise le impidió saber con rapidez en lugar en donde estaba. De hecho, sólo veía oscuridad, como si fuera incapaz de reconocer la situación en la que se encontraba. Sin embargo, después de tener un poco de paciencia consigo misma, comenzó a percibir fragmentos de imágenes que se iban formando de a poco.

A pesar que comenzó a reconocer algunas cosas, todo le pareció un poco descabellado. Nunca había estado en un lugar así y no sabía muy bien cómo tomar todo aquello. Lo peor, sin embargo, se le presentó al final. Las piernas cruzadas y la mirada encendida de los ojos verdes de él, se le presentó como un rayo que pareció partirla en dos.

Trató de decir algo pero no pudo, hubo algo que le cubrió la boca. También no podía moverse con facilidad. En ese momento, su mente entró en un fuerte conflicto, no tenía idea de lo que estaba pasando pero tampoco podía decir algo que le permitiera buscar respuestas. Estaba impedida y sólo le quedaba quedarse allí, hasta que su captor se decidiera darle las respuestas que necesitaba.

—Por fin has despertado. Vaya que eres una tía dura. De todos, fuiste la última en caer por lo del gas, pero ya veo que no fue mala idea después de todo. Pero bueno, sé que de mi parte me corresponde informarte un poco más sobre lo que está pasando. Creo que es lo justo en este caso.

La mirada de Louise estaba encendida, parecía una fiera domada contra su voluntad. Trató de moverse producto de la desesperación pero volvía a confirmar que no se podía. Entonces, Goliath se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación con cierta ironía y orgullo. Estaba plácido por darse cuenta que había hecho una victoria sobre su mayor amenaza.

—Te preguntarás la razón por la que estás aquí y eso tiene que ver con el hecho de que eres una mentirosa. Tus padres y tú. Todos ustedes por igual. Le mintieron a la gente al hacernos creer que eras una Alfa pero no, Louise, no eres eso. Eres una Omega de nacimiento, eres una más que nació para ser esclava y no para estar en el poder.

Ella se quedó tranquila tras escuchar esas palabras. No podía creer lo que estaba escuchando, así que sólo le restaba asimilar todo aquello en el completo silencio. Incapaz de siquiera protestar. Entonces Goliath prosigió con su diálogo:

—Lo sé porque era bien sabido que tus padres eran incapaces de concebir. Era algo que el resto lamentaba. Tu padre y madre se ganaron la lástima de los demás gracias a ello. Sin embargo, un día, los dos se presentaron en sociedad con una niña en brazos. Así, sin más, de la noche a la mañana.

>>Eso causó que mucha gente cuestionara tu origen pero bien, las cosas quedaron así porque el viejo Walker era un hombre respetado y muy querido por la comunidad... Pero para mí siempre fue obvio. Muy obvio. El pues que ocupó tu padre, el mismo que tienes tú ahora, nunca debieron hacerlo. ¿Entiendes lo que te digo?

Una lágrima gruesa cayó por la mejilla de ella, lentamente. Era señal inequívoca de la tristeza y del dolor que estaba experimentando en ese momento. La desolación producto de saber una realidad que supuso no era la suya y que ahora era más vívida que nunca. Su vida era una mentira y no podía hacer nada al respecto.

—El día en que te nombraron así, tuve muchas ganas de decirle a la gente el tipo de persona que eras. Esa cara de altanera y de orgullo burdo que me resulta tan falso. Pero fíjate, estamos en una situación completamente diferente. Ahora soy yo quien impondrá el ritmo de las cosas como se deben.

>>Te quedarás aquí hasta que decida hasta cuándo. Ni yo mismo lo sé, eso es lo mejor de todo... —Se acercó hacia ella lentamente y la miró fijamente hacia los ojos- Espero que disfrutes todo lo que tengo para ti porque no es poco.

Se levantó y se echó para atrás. Dio unos cuantos pasos y luego se dirigió hacia la puerta con aire indiferente, la cerró y la dejó allí con ese caos de pensamientos que no parecían abandonarla.

Tras unos minutos, Louise se quedó allí mirando la nada, un punto fijo en la habitación porque no tenía muy claro lo que estaba pasando. Imaginó a sus padres, a las palabras de su padre, las advertencias y las ganas de que ella se defendiera sola de las amenazas.

Las ansias de poder y todo lo que hizo por resguardarla para que no tuviera que preocuparle su futuro. Todo encajó dentro de su cabeza como si fuera un gran rompecabezas. El panorama se hizo más claro que nunca.

Ahora estaba en esa silla incapaz de moverse libremente e incapaz de procesar lo que estaba pasando. Era una locura que estaba atravesando y sólo podía desear con todas sus fuerzas que todo aquello terminara pronto.

Pasaron las horas y la realidad la comenzó a golpear una y otra vez. No hubo forma en que no sintiera la desolación en su corazón pero tampoco podría dejar de lado el hecho de que estaba allí sin saber exactamente cómo escapar.

No podía ahogarse por completo en sus desgracias pero tampoco podía ponerse a pensar que todo estaba perdido. Debía haber alguna forma en que ella pudiera salir bien librada de esa situación.

Imaginó una serie de situaciones pero lo más seguro que se le presentó fue el hacerse “amiga” de él. Pensó que lo más adecuado sería hacerle pensar que comprendía completamente el odio hacia esa mentira, total, a ella también le habían mentado. Así que Goliath no estaba completamente solo en ello.

Sabía que debía andar con cuidado porque se trataba de un hombre de cuidado, un tío de carácter explosivo y volátil. Debía escoger las acciones y las palabras correctamente si no quería equivocarse. Ya de por sí era una especie de volcán en erupción.

Respiró profundo, lloró un poco más y mantuvo los ojos cerrados por un rato más.

—Esto es lo que tienes que hacer. Esto es lo que tienes que hacer si quieres sobrevivir, Louise. Tienes que hacerlo. Ya después... Bueno, después...

Se mantuvo allí, con el miedo en la piel y con la preocupación haciéndola sentir un poco temerosa. Pero estaba segura que no sería la última vez en la que se encontraría en una situación como esa. El futuro pintaba difícil y tendría que reunir todas las fuerzas posibles para enfrentar a ese gigante que estaba dispuesto a aplastar su voluntad.



VI

En esa cabaña estaban debatiéndose dos voluntades: Goliath estaba dispuesto a doblegarla hasta quebrarla por completo. Por otro lado, estaba Louise quien no iba a ceder tan rápidamente. Estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma y de pelear hasta el final. Así, eso quisiera decir que estaba poniéndose de su lado.

Ella dejó de ser impetuosa así que eso le sirvió a él para hacerle entender que podía quitarle la mordaza de la boca y que no tenía por qué preocuparse por los gritos o por los intentos de escape de ella.

De hecho, eso era un detalle mínimo porque la cabaña contaba con todo lo necesario para convertirla en la perfecta cárcel. Pero sí, tenía que reconocer que esa mujer quizás no era tan problemática como había pensado en alguna oportunidad.

Callada, sumisa, tranquila. Gracias a su docilidad, ya no fue necesario atarla ni tratarla con distancia, salvo en algunas ocasiones para hacerle recordar que al final era una esclava.

Cuando él no estaba allí, Louise se encontraba absorta en sus pensamientos. Trataba de recordar sus momentos en su infancia, el trato de sus padres y las sospechas de la gente cada vez que la veían. Todo tenía sentido.

En ciertas noches lloraba y en otras hacía un gran esfuerzo por no quebrarse más. Fueron horas angustiosas y dolorosas las cuales trató de entender sobre su propia identidad. De resto, cuando despuntaba el alba, trataba de acomodarse y de armarse de nuevo para una lucha que parecía no tener fin.

Goliath, por otro lado, parecía hecho de roble. Su exterior era duro, tosco, aunque de vez en cuando se le hacía imposible no sacar a relucir ciertas debilidades que comenzaba a sentir por ella.

Esa combinación de fragilidad y de fortaleza de ese cuerpo pequeño. De vez en cuando, la miraba de reojo y se sorprendía de lo verdaderamente bella que era. Estaba encantado de sus ojos azules y grandes, de su figura fina y de sus modos que daban a entender que, dentro de todo, era una mujer entrenada para pelear y sobrevivir.

Incluso, se colaba en la habitación en donde se encontraba para verla dormir. Le llamaba la atención cómo hacía para desprenderse de su cuerpo para dormir tan plácidamente. Ni el mismo podía hacerlo.

Si bien en sus planes estaba el torturarla de todas las maneras posibles, había algo que le impedía hacerlo, como si fuera una fuerza que la frenara en cada intento. Ahora se encontraba a sí mismo como un tonto que la observaba en cada espacio en que podía.

Después de unos días, Louise pensó que tendría que tomar un paso al frente para consolidar la extraña dinámica que tenían. Antes de eso, sólo se limitaba a hablar poco o lo suficiente para no tensar la cuerda demasiado. Sin embargo, tuvo la sensación de que estaba llegando al punto en que debían hablar sobre temas más profundos.

Goliath estaba terminando de recoger los platos después de una cena austera, ella estaba sentada

en una silla observando su espalda ancha y sus modos tranquilos, a pesar de tener esa sensación de que en cualquier momento iba a explotar.

Tomando en cuenta todo aquello, respiró profundo para tomar fuerzas y se colocó de pie con suavidad. Lo hizo de esa manera para no espantarlo, para no provocarle un disgusto sin razón, ya había aprendido que los hombres como él, debían ser tratados con sumo cuidado para evitar algún hecho lamentable.

—Tengo la necesidad de preguntarte algo porque de lo contrario, me sentiré incapaz de ponerle orden a mi cabeza.

—Dime.

—¿Cómo supiste que no era Alfa?

Goliath sospechó por un momento de las intenciones de ella. Imaginó que se trataba de una trampa, de un hecho con una doble intención. Por eso se quedó callado, observándola con la intención de descifrarlo que quería decir sus ojos, pero no encontró nada importante.

Si yo del pasado le hubiera dado igual lo que sintiera en ese momento, pero no pasó así en un momento como ese, por ello decidió hablarle con la voz más baja posible.

—Revisé tus antecedentes y los de tus padres. No había posibilidad alguna que fuera hija de ellos por los rasgos genéticos. Son datos que son registrados en una oficina central para el control de la población. Es de sumo cuidado.

—Entiendo... ¿Así que es posible que ellos hubieran alterado...?

—Sí, estoy seguro de que fue así. Muy pocas personas tienen acceso y, entre ellos, tu padre. Me pareció lo suficientemente lógico.

—Ya veo.

Louise sabía que estaba arriesgándose con esa pregunta, sobre todo porque significaba remover sentimientos delicados en su interior. Tenía miedo pero era una apuesta que podría darle buenos frutos, sólo era cuestión de saber encaminar la situación.

Por otro lado, ahí estaba él, mirándola, midiéndola. Era su presa y por dentro crecía la necesidad de hacerla suya.

En un principio le pareció absurdo, pero cada vez que la miraba le resultaba completamente lógico. Era una mujer hermosa e inteligente, diestra y hábil. Se sentía como un adolescente cuando lo miraba fijamente, esa valentía, ese descaro que emanaba su cuerpo. Soñaba con sentir su piel con completa plenitud.

—¿Por qué me preguntas esto?

—Quizás es la necesidad de escucharlo en voz alta y así tratar de entender lo que está pasando. Quizás es una forma de abofetearme a mí misma de tal manera para obligarme a despertar. Aunque, si te soy sincera, siempre he sentido que no he pertenecido nunca, que siempre he estado fuera de lugar por más que intenté pensar que no era así.

Goliath comenzó a comprender un poco el conflicto personal que ella podría tener. La coraza de

hombre imposible, de hombre fuerte y tosco, vengativo y cruel, parecía caerse a pedazos a medida que estaba más tiempo con ella.

Aguantó los bríos tanto como pudo, pero llegó un punto en que no pudo más, fue imposible. Se acercó a ella lentamente, hasta que se colocó frente a su rostro.

—Esto es demasiado extraño... Tan extraño.

Ella quiso decir alguna palabra pero no pudo, pareció quedar inmersa en un aura poderosa y magnética, una que la arrastró hacia los labios de él... Una que le hizo perder la razón.

Cerró los ojos y de inmediato sintió la suavidad de los labios de él. Primero el contacto le pareció descabellado, pero poco a poco comenzó a perder la razón porque él la llevaba hacia un punto que no había explorado jamás.

Sí, había estado con otros hombres y sabía lo que significaba el placer. Sin embargo, él le brindaba una sensación diferente, como si se estuviera encontrando con ella por primera vez.

Trató de echarse para atrás pero fue imposible, él ya la había rodeado con sus manos y brazos casi por completo. Así que prefirió entonces quedarse en ellos, quedar sumida en esas emociones que él le brindaba cada vez más.

Su lengua no esperó demasiado tiempo para buscar la suya. De hecho, la punta se encontró con la otra y comenzaron a jugar casi frenéticamente. Entre tanto, los gemidos de ella se hicieron más intensos, más notables. Ese hombre sabía exactamente cómo hacerlo.

Louise rodeó el cuello de él para tomarlo con fuerza, ¿la razón? pensó que en cualquier momento podría perder la fuerza de sus piernas, por lo que hizo un enorme esfuerzo en sostenerse en él, en demostrarle que le gustaba todo aquello que estaba pasando por más descabellado que fuera.

Por momentos, Goliath sentía que esa escena era algo que ni él mismo se pudo imaginar. Pero no quiso pensar más, estaba acelerado y jadeante, quería esa mujer de una vez por todas.

Los besos delicados y dulces terminaron por volverse más intensos en cuestión de tiempo, a tal punto en que él no pudo más y la alzó con una impresionante destreza. Ella misma incluso se quedó impresionada, y como él era un hombre que le gustaba presumir de su fuerza, se sintió más orgullo de sí mismo.

Louise abrazó su torso con sus piernas, mientras él la llevaba cargada hasta la habitación principal. Cuando pasaron por el lugar que había sido una especie de celda para ella, sintió de repente una especie de punzada en el estómago. Las cosas habían cambiado drásticamente.

No tuvo tiempo de pensar más al respecto por la simple razón de los besos y las caricias de él. Ese tacto suave pero firme y varonil era demasiado increíble, delicioso y perfecto.

Finalmente llegaron al lugar que se encontraba a oscuras. Por lo general, siempre estaba encendida una pequeña lámpara en una de las mesas de noche, pero él prefirió que las cosas se mantuvieran así porque también alimentaban su morbo. Ese mismo que parecía crecer en su interior a pasos agigantados.

La dejó sobre la cama y la miró con un morbo indescriptible. Ella estaba allí, con ese cuerpo frágil pero sensual, moviéndose al ritmo de la excitación que estaba sintiendo en ese momento.

Estaba lista para él.

Por un momento, Goliath no supo qué hacer. Estaba entre desnudarla y desnudarse él para luego ir hacia ella y romperla como lo merecía. Pero de nuevo, hizo un ejercicio de autocontrol, se permitió relajarse un poco, lo suficiente como para no ser impetuoso y así disfrutar como se debía de esa carne que estaba esperando por él.

Así que fue hacia ella, con esa delicadeza y suavidad de un tacto que no conocía de sí mismo. Apoyó sus manos y brazos sobre la cama, mientras su boca buscaba desesperadamente la de ella. Ansiaba besarla de nuevo, ansiaba probar su lengua otra vez.

Volvieron a besarse y Louise experimentó esa sensación de perderse a sí misma. El calor de su aliento, el roce de su cuerpo contra el suyo, la forma en cómo la miraba, ese gesto de placer infinito que la hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo. Ese sentimiento tan increíble y poderoso que la colocaba en una posición que no había conocido antes.

Goliath siguió besándola hasta que procuró pasear sus labios por todo su cuerpo. Se detuvo en su cuello, en los pechos y siguió bajando por el ese abdomen firme. En cada parte del proceso, se dispuso a quitarle la ropa con destreza, tanta, que ni ella misma parecía darse cuenta de ello. Lo cierto era que su cuerpo desnudo iba quedando al descubierto sobre las sábanas blancas. Al final, esa figura delicada estaba allí, como si estuviera esperando por él.

Se echó para atrás un momento y se relamió los labios. Se dio cuenta que estaba más excitado que nunca y que estaba ansioso por tomarla en serio. Siguió con unos cuantos besos porque deseaba que su boca fuera capaz de recordar el sabor de esa piel tersa y firme.

Sus manos se sostuvieron de las caderas y su cabeza fue directamente hacia su coño. Se dio cuenta de la humedad y del calor que desprendía, por lo que antes de dedicarse a saborear ese manjar que estaba a poca distancia de él, alzó la mirada para decirle algo:

—Serás mía, completamente mía. Tanto que te haré mi esclava.

La dejó de nuevo sin la posibilidad de responder porque su boca se encontró con los labios de ella. Cerró los ojos para concentrarse en el sabor de su cuerpo y en los gemidos que comenzó a producir en ella. Estaba tan excitada, tan suelta, que se dio cuenta de los movimientos y de la variedad de sonidos que exclamaba esa boca perfecta.

Chupó y lamió como si no hubiera un mañana. Estaba hecho un animal, descontrolado y con ganas de ir más y más. Al cabo de un momento, alzó su cuerpo y apoyó las manos en los muslos de ella.

Le sonrió con cierta picardía y acomodó su pelvis para que se encontrase con la de ella, entonces, en esa deliciosa pausa, acarició un poco el clítoris para hacerla vibrar un poco más. Ella, sólo gimió un poco más porque apenas su cuerpo fue capaz de hacerlo.

Él se masturbó un poco para tenerlo aún más duro y cuando estuvo perfecto se preparó para follarle ese coño tan delicioso. Apenas colocó el glande y experimentó la intensidad del calor y la humedad de esa mujer. No pudo más, lo empujó sin esperar demasiado.

Louise sintió toda la potencia de esa verga gruesa y venosa. Llevó sus manos hacia las sábanas para sostenerse lo más que pudiera, mientras él la embestía una y otra vez. Era increíble, era

delicioso. Esa fuerza animal tomaba posesión de ella más y más, como si él quisiera atravesarle la piel.

Más allá de las embestidas de ese hombre, esas mismas que le estaban provocando la pérdida de la razón, abrió los ojos por un momento para verlo con mayor detalle. Se dio cuenta de ese cabello suelto, rojo y salvaje.

Se percató de su piel blanca y de sus ojos grandes y verdes que estaban concentrados en ella. En cuestión de segundos, sus miradas se cruzaron y fue como si el tiempo se hubiera detenido. Lo único realmente presente y palpable era ese instante que estaban compartiendo los dos, nada más.

Él, en seguida, le tomó por el cuello y se lo sostuvo con firmeza.

—Eres mía... Eres toda mía.

Ella logró asentir apenas porque sólo podía limitarse a sentir todo lo que estaba experimentando en ese momento.

Goliath le gustaba esa posición que le demostraba casi un control total, pero sintió la necesidad de cambiar, así que la tomó por la cintura e hizo que se colocara en cuatro. Esto también le sirvió para darse un momento para tomar un poco de aire porque sabía que estaba cerca de perder el control.

Respiró un poco y llevó su cabello hacia atrás para que no le molestara en la faena que tenía por delante. Cuando se preparó para follarla de nuevo, se dio cuenta de la belleza de ese coño humeante por él. De hecho, notó que unas cuantas pequeñas gotas se escurrían de sus gruesos labios, así que antes de penetrarla, no pudo soportarlo más y se agachó para lamerla desde esa posición.

Colocó sus manos en ambas nalgas y comenzó a comer como un hombre hambriento de su mujer. Louise sólo le restaba ser esclava de la boca de su amante, de uno que sabía muy bien cómo complacerla.

Goliath devoró cada parte de su carne, succionó sus fluidos y mojó su cara por completo, se hundió en ese maravilloso placer que sentía por ella. Le encantó escucharla gemir, por lo que la provocó más con unas cuantas nalgadas. Gracias a la blancura de su tez, las marcas de sus manos comenzaron a verse en su piel. Sin duda, era su lienzo favorito.

Entonces, cuando ya no pudo más, volvió a incorporarse para tomarla de las caderas y embestirla de nuevo. Plantó bien sus pies para tener el máximo de apoyo posible y luego de unos segundos de suspenso, volvió a encontrarse con ella en un placer exquisito.

La verga de Goliath regresó a las carnes calientes del coño de Louise. Estrechas y empapadas, esa combinación era la mezcla perfecta para el placer. Aunque él podía escucharla casi al borde la locura, lo cierto es que él también estaba en esa misma situación.

No podía soportarlo más, no podía aguantar más, tenía que hacer un esfuerzo extra para no perderse, para no volverse loco y correrse a la primera. Fue una situación nueva para él puesto que, generalmente, se caracterizaba por tener mayor resistencia... Pero con esa mujer todo comenzó a sentirse muy diferente.

Siguió empujándosela hasta que sintió la necesidad de sentir sus labios sobre su verga, así que

la volvió a mover de sitio con el fin de que se arrodillara en seguida. En realidad, no estaba jugando al decirle que en serio la convertiría en su esclava. Haría todo lo posible por lograrlo.

Louise le costó por un momento entender las intenciones de él, sin embargo, se relajó lo suficiente como para dejarse llevar por la situación. Así que se arrodilló con cuidado para que él la viera en todo su esplendor, decidida y ansiosa por complacerlo con su boca.

A pesar de la oscuridad de la habitación, unos débiles rayos de luz entraban por la ventana, los cuales, además, incidían en algunas partes del cuerpo y del rostro de esa mujer.

Un instante antes de lamerle el glande, Louise se detuvo por un momento para mirarlo fijamente a los ojos. En ese momento, pareció comprender que su objetivo en la vida era servir y complacer los deseos más oscuros de su acompañante, así que se le sonrió muy sensualmente y abrió un poco la boca para sacar esa lengua tan dispuesta a comerlo por entero.

Con esta, acarició lentamente el glande. Lo hizo con un cuidado y con una suavidad que casi hace estremecer a Goliath por entero. Él también se daría cuenta que ella no era ninguna niña y que sabía muy bien cómo podía complacer al otro.

Se quedó allí un rato hasta que comenzó a lamerlo de verdad, a chuparlo con todas las ganas del mundo, como si no hubiera un mañana. En esa posición, se dio cuenta de cómo se remarcaban sus venas, del grosor total de su verga y de lo húmeda que estaba la punta.

Así que ella, también envuelta en el hambre en el que estaba, no aguantó más y se lo metió todo en la boca... Se había convertido en toda una esclava, en la perra y zorra de él.

Debido al tamaño que tenía, le costó por un momento metérselo todo, sin embargo, era una mujer tenaz, así que no se detuvo en darle el placer que sabía que él merecía. Entonces, siguió y siguió hasta que por fin lo había logrado, le llegó casi hasta la garganta.

Un gemido profundo salió de la boca de Goliath lo cual también hizo que la tomara del cabello con firmeza. Hizo que ella girara la cabeza para que mirara lo excitado que estaba. Mientras, Louise procuró lamerle por entero, a pesar de las arcadas y de los gruesos hilos de saliva. Estaba convirtiéndose en esa mujer que siempre había estado allí, dentro de ella.

Su cabeza iba en un intenso vaivén, mientras que sus ojos estaban concentrados en él, en esa intención de hacerle sentir que podía hacerlo vibrar sin parar.

No era la primera vez que le hacían eso, sin embargo, él estaba experimentando esa sensación de que ambos estaban en un punto en donde conjugaban sus deseos más oscuros. Entonces, cada vez que le follaba la boca, sentía que se estremecía por dentro, como si estuviera más cerca de volverse en un completo animal dominante.

Bajó del cabello hasta el cuello, lo sostuvo con firmeza y se quedó allí un rato con el fin de dificultarle la facilidad de la respiración. Claro que le resultaba divertido, el verla así, desesperada por él y en la disyuntiva de tener que darle o parar para respirar un poco.

... Pero siguió allí porque esa especie de instinto de sumisión se lo ordenó. Entendió que su placer no podía ir por encima de él, así que se concentró en hacerlo bien, tan bien.

Incluso, aumentó la dificultad al colocar sus manos detrás de su espalda. Él abrió más los ojos

porque estaba a punto de explotar ante esa imagen deliciosa. Ella siguió chupándolo con tanto esfuerzo y constancia, que Goliath sintió que no podía más, así que, de un momento a otro sintió ese cosquilleo en los pies y el frío en el estómago que lo hizo sentir que estaba cerca del orgasmo.

De nuevo se topó con la disyuntiva de no saber en dónde correrse: hacerlo dentro de su boca para que se comiera todo, o desparramar sus fluidos sobre el rostro para verla transformada en la esclava y ramera que era. Después de pensarlo brevemente, se decantó por lo último, así que sacó su verga empapada y comenzó a masturbarse rápidamente mientras sostenía el rostro de esa mujer con su otra mano.

Ella no paraba de mirarlo fijamente, casi como si estuviera retándolo. Tan bella, tan puta, era la imagen que quería obtener desde el momento en que se sintió obsesionado con el hecho de querer tenerla para sí. A veces le costaba entender de dónde provenían esos deseos, pero en esos asuntos no se racionan, sólo se sienten y él estaba ahí para experimentarlos a plenitud.

Se agudizó la sensación de que estaba cada vez más cerca de llegar, incluso tuvo se intensificaron los espasmos de sus piernas. Esto lo había captado Louise, así que se le dirigió una expresión casi de ruego, estaba ansiosa de sentirlo plenamente y no esperaba el momento para hacerlo.

En ese momento, justo en ese momento en donde ambos intercambiaron una rápida mirada, Goliath despidió un gran chorro de semen que fue a parar en el rostro de ella. Los hilos calientes de semen se desplegaron por sus mejillas, labios, la punta de su frente e, incluso, en su cuello. Ella sólo estaba allí, arrodillada, recibiendo la recompensa que le había dado su amante tras haber hecho un buen desempeño.

Goliath dejó salir todo ese deseo contenido. Mientras lo hacía, no paraba de gemir y de pensar que quería explorar más situaciones con ella. Estaba dispuesto a ir hacia sus límites y el de probar los de ella. Estaba listo para ir más allá.

Al cabo de unos segundos que se sintieron largos, Louise comenzó a lamerse los labios que habían quedado empapados por los fluidos de su amante. Sintió el calor y lo delicioso que era sentirse así de esclava.

Pero él no había olvidado que aún faltaba ella, así que la tomó por el cuello y colocó parte de su cuerpo en el borde de la cama, con el fin de separarle las piernas y así ver la belleza de ese coño que parecía esperarlo ansiosamente.

Juntó un par de dedos, mientras que apoyó su mano sobre la espalda de ella. Respiró profundo porque aún estaba aturdido por lo que acababa de pasar. Pero era un hombre experimentado, sabía muy bien lo que tenía que hacer. Así que se decidió sentir cada instante sin hacer demasiado ruido al respecto, despejando la mente y terminar de olvidar todo, incluso las circunstancias.

Ella, en cambio, estaba en su propio viaje. Le pareció increíble que una persona como él fuera capaz de despertarle esas sensaciones tan intensas. Su lengua, su verga, sus dedos, ese fuego de sus ojos y el calor de su cuerpo tan ancho y duro, las maneras en cómo la tocaba, esa sensación de quererse hundirse en él que no desaparecían en ningún momento. Estaba en otra dimensión, en otro lugar mágico e increíble.

No paraba de gemir ni de temblar. Por suerte estaba apoyada en la cama, porque de lo contrario

perdería toda noción de la realidad. Él seguía atrás, nalgueándola, masturbándola, marcándola... Haciéndola suya.

En un punto, sintió el calor de su aliento en su oreja, estaba segura que estaba preparándose para decirle algo importante. Entonces, le dijo algo que terminó de convencerla del tipo de relación que tendría con él:

—Sé que te quieres correr, entonces, hazlo para mí. Hazlo.

Ese tono de voz tan sensual, tan gruesa y rasposa que la hizo vibrar desde la profundidad de sus entrañas. Estaba excitada, a niveles que no pensó que lo estaría. Perdió la noción de todo lo demás y estaba dispuesta a no pensar más. Así que se acomodó mejor para dejar libre todo aquello que estaba contenido en su pequeño cuerpo.

No sabía si era fuego o electricidad, pero hubo una especie de fuerza natural que comenzó a recorrerle el cuerpo. Se sentía más viva que nunca y no paraba de morderse los labios al darse cuenta de ello. Él la arrastraba a algo que le intimidaba pero que deseaba con fervor.

Entonces, finalmente, experimentó un delicioso calor que invadió su coño y terminó por manifestársele en una poderosa expulsión de sus jugos. Al mismo tiempo, no podía dejar de temblar ni de gemir. Estaba poseída por algo más grande.

Cuando se corrió por completo, pudo sentir la lengua de él lamiéndola por completo y sus manos sosteniendo su cuerpo para que no se desplomara por completo sobre el suelo. Agradeció que él estuviera allí para ello porque estaba segura que no podría más.

Goliath la alzó entre sus brazos y la notó sudorosa pero también sonriente. Los dos estaban así. La colocó sobre la cama y ambos se quedaron allí, mirando hacia arriba.

Extrañamente, el silencio que reinó en la situación no fue incómodo, sino resultó ser algo muy diferente. Se sentían a gusto. Genuinamente.

Goliath giró un poco para verla y ahí mismo se dio cuenta que estaba quedándose dormida. En ese momento en que notó cómo sus párpados iban cerrándose, sonrió ligeramente aunque no se había dado cuenta de inmediato. Se dijo para sí mismo:

—Sí... Serás mía. Mi mujer, mi esclava. Todo.



VII

Esa noche simplemente había sido increíble. Louise aún estaba en la cama sumida en el trance que él le había proporcionado y Goliath estaba en la cama, con los ojos abiertos y con la cabeza andado. Deseaba pensar en una alternativa para volver a estar con ella y para explayarse aún más.

Luego de un rato de pensar y pensar, se quedó dormido con aquello pendiente en la mente. Lo haría sin importar nada más.

Ella abrió los ojos poco a poco, se dio la oportunidad de desperezarse lo suficiente como para respetar aún esas sensaciones que tenía en su cuerpo. Estaba feliz porque tuvo una gran noche de sexo, una en la que se sintió más ella misma que nunca.

Se detuvo un momento a recordar los detalles de la situación. Estaba aún prisionera y debía salir de allí, pero, ¿realmente estaba segura de ello?, ¿continuaría con su plan de hacerse de fiar para aprovechar la mínima oportunidad para escapar? No lo tenía demasiado claro.

Luego de descubrir que estaba sola en la cama, se bajó suavemente de ella y fue hacia el lavabo para refrescarse un poco. Cuando miró su reflejo en el espejo, quedó sorprendida de las marcas que tenía a lo largo de su cuerpo. Sonrió con picardía y de repente tuvo la urgencia de querer mucho más que eso. Por primera vez en mucho tiempo se había visto a sí misma de manera muy diferente... Y eso le agradaba.

Tomó un par de las prendas que usó la noche anterior y se las colocó para buscar un poco de comida. Mientras lo hacía, comenzó a percibir un delicado olor a café. Se entusiasmó y fue al encuentro de ese delicioso estímulo.

Cada paso que dio lo hizo con extremo cuidado, incluso asomó la cabeza con delicadeza para no resultar inoportuna. Y ahí, como si brillara en la oscuridad, estaba él preparando algo de comer. Tenía la cara concentrada y esa sincronización perfecta de sus manos mientras manipulaba los alimentos. Algo austero, algo no demasiado extravagante.

Ella se sentó en la mesa y él, sin voltear, se dio cuenta de su presencia. Le sonrió de la distancia y compartieron ese gesto que hizo que el ambiente se volviera más agradable. Al terminar, le dejó un platito con frutas y pan, más una taza de café humeante. Louise le agradeció y Goliath volvió a responder con una sonrisa. Comenzaron a comer en silencio, pero uno agradable, dulce, tranquilo.

¿Estás bien?

¡- Respondió ella con rapidez.

Todo esto es extraño. Lo sé.

Hay cosas que no necesitan explicación.

Volvieron a quedarse en silencio, sonriendo el uno para el otro. Por un momento Goliath quiso hablar sobre lo que había pasado la noche anterior. Pero prefirió mirarla comer para decidirse si hacerlo o no. Mientras, estaba embelesado. Había caído en una situación inesperada.

Al verla así, se dio cuenta que se encontraba incrédulo por lo que estaba sintiendo por ella. El

fuego de la ira fue sustituido por el calor de querer abrazarla, poseerla, hacerla suya. La ambición de querer tener el poder, fue sustituido por la necesidad de estar con ella aunque eso representara la incongruencia de sus planes en un primer lugar. Estaba acostumbrado a mandar las cosas al diablo y esta no sería la última vez.

Esperó callado junto a ella. Pudo notar que Louise se encontraba como en la expectativa de lo que iba a suceder. Lo cierto es que se sentía nerviosa porque su presencia era avasallante, fuerte, pero también le gustaba eso.

Lo disfrutaba. Así como disfrutó estar entre sus brazos, el sentir su lengua en su coño... También se encontraba en la disyuntiva de seguir con el plan para burlar a su captor o entregarse a todo eso que tenía frente a ella. Esa locura que le encantaba, ese sentimiento de libertad que por fin experimentaba.

Luego de terminar, los dos se miraron aún en silencio. No habían dicho palabra desde que se encontraron y aun así era como si hubieran manifestado todo lo que tenían por dentro. Se encontraron en el brillo de sus ojos y decidieron que no le darían más larga al asunto, así que se levantaron como si estuvieran sincronizados y fueron a fundirse en un abrazo intenso que terminó en un beso apasionado y potente.

De inmediato, ella comenzó a gemir, era claro que estaba ansiosa por estar con él, por fundirse en su piel y perderse en ella. Goliath estaba sintiendo la necesidad de abrazarla aún más fuerte, era esa necesidad que no podía dejar de lado. Sus manos comenzaron a tantear la ropa con rapidez para despojársela. En un momento le tomó el rostro y la miró fijamente.

—Quiero que seas mía... Enteramente mía. Que seas mi esclava, sólo mía.

Ella le respondió con un gemido sensual, dulce...Divino. Tanto así, que sintió que algo se le había movido en su interior.

Ese hombre alto e imponente, acariciaba su cintura, caderas y la delicada línea de su espalda. También lo hacía con sus brazos, los pechos firmes y el cuello suave y delicado. Cada roce en cada parte de su ser la hacía estremecer. Le encantaba esos sonidos en donde ella manifestaba esa urgencia de desprenderse de sí misma y perderse en él.

Él se echó un poco hacia atrás para tomarla en el cuello y así mirarla con esos ojos encendidos. Louise entendió lo que quiso decir, ¿la razón? su instinto sumiso estaba al punto y sabía muy bien qué hacer. Entonces, se arrodilló lentamente, con cuidado, con precaución, hasta que su rostro quedó frente a su entrepierna. Sonrió ampliamente porque estaba lista para que su boca lo recibiera por completo.

Estaba tan excitada, tan ansiosa por saborearlo como debía pero era obvio que si bien había aceptado su rol sumiso, estaba consciente que era necesario esperar lo que él tenía que hacer. Goliath la vio complacido, ella se había entregado a él por completo.

Estiró suavemente el brazo para acariciarle el rostro con suavidad, sintió la textura suave de la piel, la delicadeza de sus rasgos y ese ruego al borde de los ojos que le parecía tan sensual.

Llevó que uno de sus pulgares se dedicara a acariciar sus labios con movimientos circulares. En ese punto, sintió que su entrepierna estaba a punto de explotar... Aun así, no quiso anticiparse, no

quería comportarse como un adolescente precoz.

El sentimiento de aventura la hizo tomar una importante decisión. Llevó sus pequeñas manos hacia el cinto de cuero de su pantalón para quitárselo lentamente. Lo hizo mientras lo miraba, mientras le hacía entender que estaba dispuesta a darle todo eso y más.

El accesorio le quedó en las manos y se detuvo un momento mientras lo miraba y lo tocaba suavemente. Luego, alzó la mirada y se lo ofreció a él. Fue como si todo lo que habían sentido en ese tiempo tan corto, se resumió en ese momento... Por fin.

Las grandes manos de él tomaron el cinto de cuero. Lo sostuvo por un momento hasta que por fin se dio cuenta de las cosas que podía hacer con este. No perdió el tiempo y se inclinó un poco para colocárselo en el cuello. Lo ajustó lo suficiente como para que sirviera como una rienda, así que al terminar, se encontró satisfecho por la imagen final. Se veía increíble.

Tomó el extremo y se colocó delante de ella. Se trasladaron por varias partes de la casa, paseándose como el Amo y la sumisa que eran. Louise andaba a gatas, siguiendo el deseo de complacer a su amante y él, pues, casi consumido por el descontrol que experimentaba al tenerla como la tenía.

Finalmente, fueron hacia la habitación principal para comenzar con la parte en donde se comerían como era debido. Ella permaneció arrodillada y semi desnuda frente a él.

Goliath tomó el cinto e hizo que se levantara para que se quitara todo lo que tenía puesto. Terminó de despejar toda su piel para verla entera. Allí, recordó las marcas y los puntos en donde se había paseado la noche anterior. Quería hacerle más.

Siguió tomándola con el cinto y la llevó hasta una de las paredes de la habitación. Hizo que colocara sus manos sobre la superficie, para separarle las piernas y comenzar a comérsela poco a poco. Sus manos abrieron sus nalgas con fuerza e introdujo su lengua en ese coño tan húmedo y delicioso. Pero él no sólo se quedó allí, también chupó su ano y cada parte que deseó.

Louise estaba aferrada a la pared como si la vida se le fuera en ello. No podía creer lo increíblemente delicioso que se sentía. Era una de las mejores sensaciones que había experimentado y estaba muy cerca de perder la razón.

Cuando pensó que no podría más, sintió el calor del aliento de él en su oreja y un “vamos”, que la estremeció por completo. Jaló de nuevo el cinto e hizo que se colocara sobre la cama.

Todo lo que estaba pasando era producto del momento, Goliath no había realizado un plan demasiado elaborado, ya que estaba dejando que las cosas se dieran solas.

Aún con el cinto en el cuello, Louise esperó lo que él tenía para darle. Mientras, extendió su cuerpo sobre la cama porque tenía la sensación de que era noche sería finalmente para él.

En pocos minutos, Goliath se acercó con unas cuantas cuerdas y comenzó a amarrarla con cuidado. Primero las muñecas, después los tobillos. Todo con paciencia, con delicadeza. Al lograrlo, se encontró satisfecho y listo para todo lo demás. Ansiaba llevarla a las sensaciones más increíbles que pudiera.

Antes de eso, él procuró desvestirse también. Se quitó cada prenda de ropa como si le quemara

la piel. Era esa misma ansiedad que sentía por estar con ella.

Aunque así lo era, aprendió rápidamente que lo mejor que podía hacer, era regalarse un poco de placer y de disfrute al pasar por los procesos de jugar como era debido. Juntó un par de dedos y comenzó a acariciar el clítoris de ella con suavidad y paciencia, quería que mojara su coño a tal punto que no pudiera ni siquiera saber si todo lo que estaba viviendo era real.

Primero lo hizo suave pero después aumentó la velocidad hasta que notó que sus manos y pies se retorcían cada vez más. No paraba de sonreír, sin duda, amaba tener el control.

Eso solo fue el principio, por lo que no pudo soportarlo más y se agachó para chupar ese clítoris, deseaba tanto dejarlo rojo, hinchado que se inclinó con agresividad hasta su entrepierna.

Empezó a lamer como un hombre desesperado, ansioso por adueñarse por esa mujer que lo tenía loco. Su lengua se adentraba más y más sin dar tregua. Lo notó por los fuertes gemidos que ella exclamaba sin parar, por esas palabras impronunciables, por los fuertes jadeos y espasmos.

Su verga estaba poniéndose cada vez más dura, casi como si su piel estuviera a punto de partirse debido a la excitación que estaba experimentando. Se levantó, dejándola con la expresión de desconcierto y de placer extremo. Arrastró sus rodillas por la superficie suave hasta que dejó su pelvis al rostro de ella.

Su pene estaba ahí, frente a sus ojos y boca, hinchado, grueso y húmedo. Parecía latir y él desesperado por follarle la boca. Louise le hizo una última mirada antes de abrir la boca por completo y así recibirlo.

La primera vez le había costado tenerlo casi todo, pero ahora se sentía un poco más acostumbrada al respecto. Entró con facilidad y sin complicaciones gracias a la humedad de su boca y a su destreza. Era una mujer que también tenía crédito sobre lo que sabía.

Así que se dispuso a lamerlo tanto como pudo, moviéndose poco a poco, dándole el placer que merecía. Él, mientras, le sostenía el cabello, a veces el cuello, todo con fuerza, con rudeza porque estaba desesperado por hacerla suya, por penetrarle hasta lo último de su ser.

Su pelvis comenzó a moverse rápidamente hasta que se lo metió todo, entero. Él sintió que había entrado todo en la boca y justo en ese instante pensó que se volvería loco, como si no pudiera aguantar más.

De vez en cuando, lo dejaba todo adentro y miraba los ojos de ella, encendidos y con una gran muestra de placer y desesperación. Sabía que le costaba y eso era la mejor parte. Le encantaba saber que era así, por lo que procuraba que fuera más y más.

Esos hilos deliciosos de saliva, esas arcadas reprimidas, las lágrimas que le recorrían las mejillas producto del esfuerzo. Era una imagen hermosa y poderosa para él. Quería más y más.

Siguió penetrándole la boca hasta que por fin no pudo más, hasta que su propio ser le dijo que tenía que romperla, hacerla suya. Así que, antes de sacárselo, le dio unas cuantas bofetadas suaves mientras lo tenía adentro.

Se lo sacó por completo y volvió a su posición original. Louise estaba aún recuperando la respiración de aquella sesión tan intensa. Luego, se dio cuenta del cuerpo escultural de ese hombre

que iba descendiendo sobre el cuerpo de ella.

Sus manos se encargaron de tocar cada parte de su piel con sumo cuidado y apreciación, hasta que él llegó hasta su entrepierna para acomodarse debidamente. Volvió a tocarla con el fin de masturbarla un poco y fue allí cuando colocó su verga para follarla como debía.

Lo metió completo, entero, hasta el fondo. El silencio de la cabaña, de ese lugar que había empezado como una prisión, y el cual había cobrado un significado completamente diferente. Ahora se escuchaban los deliciosos gemidos de ella y los jadeos interminables de él producto al esfuerzo que estaba haciendo.

Su verga iba hacia adentro una y otra vez con una fuerza impresionante. El propio Goliath estaba impresionado de la excitación que estaba experimentando en ese momento.

A pesar de haber estado con un importante número de mujeres, a pesar de todas las cosas que había hecho en la cama, por fin tuvo la oportunidad de entregarse a una persona que le despertaba un hambre como nunca había sentido.

La miraba sobre la cama, poseído por unas sensaciones intensas que tomaban el control de su cuerpo, él ya no tenía control de sí mismo. A ese punto se unió con ella en un abrazo y en un beso, le acarició el rostro y la miró a los ojos, tan brillantes y tan hermosos.

Dejó de sentir la necesidad de tenerla inmovilizada y procedió a quitarle los amarras que tenían en las muñecas hasta que las liberó para poder sentir sus caricias en su cabello rojo fuego e intenso. Sostuvieron la mirada por un largo rato, mientras se unían sus carnes más y más.

Estuvieron así por un rato, uniéndose entre sí, entre caricias y besos, entre los toques de sus lenguas y en esa respiración agitada y sensual.

Goliath estaba sintiéndose cada vez más unido a ella y en ese momento se entrelazaron hasta que percibieron los espasmos, el dolor y placer. Louise lo miró desesperada y él le respondió igual. Sonrieron y en pocos minutos, el coño de ella explotó de jugos. Su orgasmo, también en un gemido desde la entrañas.

En cambio, Goliath se quedó allí, sintiendo el calor de sus carnes hasta que sacó su verga de su coño húmedo y delicioso. Comenzó a masturbarse sobre el cuerpo de ella y sintió esa electricidad que le invadió el cuerpo.

Se sostuvo del cuello de ella y la obligó a mirarla para quedarse atrapado en esos ojos y por fin las gotas de semen comenzaron a salir para aterrizar sobre diferentes partes de su piel. Sus mulos, abdomen y pechos, incluso partes de su cuello, bañada en él.

Se sostuvo como pudo entre sus piernas y luego se desplomó sobre la cama, junto a ella. Respiró violentamente y luego se fijó en ella. Louise, a pesar que aún seguía medio inmovilizada, trató de tomarlo entre sus brazos y de acariciarlo.

—Me siento bien aquí... Me siento bien contigo.

—Yo también.

—Todo ha sido tan extraño.

—Lo sé... Pero no pensemos en eso. Es mejor vivir en esto.

—Pienso igual.

Ella entrelazó los dedos en sus cabellos y se quedaron allí, en una situación en donde por fin se permitieron ser.



Epílogo

Los días que pasaron los dos en ese lugar, los cambió para siempre. Sólo fue el principio de una relación intensa en donde se unieron de una manera extraordinaria.

Cada día, Goliath descubrió a sí mismo que era capaz de entregarse de una manera que no pensó que podría, mientras que Louise, se vio a sí misma como una mujer más completa al saber sobre sus orígenes y al estar con un hombre que le había cambiado por completo.

Por supuesto, el tema de mayor preocupación tenía que ver con el regreso. Ella seguía siendo la líder de los Alfas y estos aún estaban en su búsqueda. El día de aparecer se acercaba cada vez más.

Discutieron al respecto y pasaron por roces incómodos. Sin embargo, en medio de la confusión, él le hizo una propuesta importante:

—Quizás lo que debemos hacer para terminar con todo esto, es que los dos unamos fuerzas y gobernemos como se debe. Es momento de acabar con todo eso.

Louise no estaba muy segura pero lo cierto era que los argumentos de él estaban en lo cierto. El darse la oportunidad de hacerlo juntos, significaría el fin de una era déspota e injusta.

Tras pasar varios días planificando el regreso, por fin Louise y Goliath, la Omega y el Alfa, se unieron para llegar a la ciudad y comandar el cambio más importante de todos.

... La aventura apenas estaba por comenzar.



NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo — Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada — Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Sumisión Total — Alba Duro](#)

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona

que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he

ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.